

# La Esfera

23 Septiembre 1916

Año III.—Núm. 143

ILUSTRACION MUNDIAL



TIPO GRANADINO, dibujo al pastel de J. J. Gárate

# ECHEGARAY

ESTE hombre era el último que nos quedaba de aquel grupo que hizo la Revolución y perdió la fe en la Revolución. Toda la decadencia espiritual y política de España deriva de este suceso. Muerto Olózaga, asesinado Prim, parece que se extingue el alma de la Revolución; la perdurabilidad de la protesta de Ruiz Zorrilla es algo sin espíritu; algo puramente dinámico, material; una voluntad sin pensamiento y, en cambio, la adaptación de tantos grandes cerebros á las ruindades con que se inicia y afianza la Restauración, asusta. ¿Estos Sagasta y Moret, Montero y Martos, Castelar y Becerra, son los mismos que forjaron y cantaron aquella explosión generosa del alma española que quiere vivir libre de las vergüenzas de la corte de Isabel II?

Echegaray, ministro de Amadeo, se había apartado de aquella corriente que encenagaba de nuevo á España en los mismos males que la Revolución quiso raer. Este apartamiento es la nota de distinción espiritual más alta que dió hombre alguno á su generación. Echegaray, como los demás, había perdido la fe en la obra de la Revolución. España era incapaz de ser una democracia; necesitaba sobre sus lomos el látigo del cacique. Pero los demás, perdida la fe y la esperanza, se sintieron capaces de hacer de la política una profesión y un negocio, y mientras dejaban libres las manos á Cánovas para que reconstituyera toda la España prerrevolucionaria, se dedicaron á amasar escandalosas fortunas con minutas de bufete y curanderías de ajenos negocios.

Entre tanto, España perdía la fe en sí misma. Un resto de esperanza en los pocos que mantenían en el destierro la protesta revolucionaria: Ruiz Zorrilla, Salmerón, Pi, era el único espíritu que quedaba á la nación. En este alejamiento, fué para Echegaray el Teatro un refugio. Toda la energía de su genio estalla en aquella nueva fórmula teatral, tan absurda, pero tan personal y original. Aquel teatro era su época; lírica, retórica, necesitada de engañarse y alucinarse y de gastar en alborotadas palabras y apasionadas letras el vigor que no había sabido emplear en hacer una nación. No sólo dos actores, Calvo y Vico, sino todos los comediantes que existían, y que habían aprendido de Latorre, Romea y Arjona, estaban preparados para representar aquellos personajes, dentro de cada uno de los cuales había un orador. Así, de esta compenetración de todos, nació un teatro que enloqueció á España entera. El contagio es de tal naturaleza, que permite á los discípulos de Echegaray despertar los mismos entusiasmos. *La Pasionaria*, por ejemplo, logra la misma ciega y loca exaltación de los públicos. Y, sin embargo, hoy leemos esos dramas y aún los vemos representar y no nos producen

la menor emoción. Precisamente, el genio de Echegaray estuvo, no en la fórmula de arte de su teatro, sino en dar cuerpo y vida al pensamiento de sus contemporáneos. No tenía él la culpa de que los frutos espirituales de la Revolución hubiesen sido tan menguados.

En Echegaray asombra la multiplicidad de facultades: el matemático y el orador, el financiero y el poeta, el ingeniero y el articulista, se compenetran y completan tan bien, que no advertimos la contradicción entre unas y otras calidades de su

los personajes y en la trama, se empuqueñecían y amaneraban. En cada estreno Echegaray recibía el homenaje á su obra pasada, á su personalidad preeminente, pero no como antaño el aplauso entusiasta á la obra que acababa de escribir, y esto debía de producirle una gran amargura. ¡Oh, el recuerdo de aquella noche en que se estrenó *El Gran Galeoto*, cuando el público, enloquecido, le acompañó vitoreándole hasta su hogar, resurgiría en su memoria, cada vez que á los espectadores elegantes y apacibles y discretos de Fernando

Mendoza le otorgaban sus aplausos tibios!

Sin duda, volvió por esto á la política, en busca del aura popular. Pasó por el ministerio de Hacienda é hizo una frase, la del santo temor al déficit. Maravilla la esterilidad de la vida de nuestros grandes hombres.

Explicaba yo esto no hace mucho hablando de Salmerón. En Echegaray mismo, si apartais su labor teatral, que produce una honda renovación en el teatro gris de Serra, García Gutiérrez y Hartzenbusch, y consideráis sólo al político, encontráis su entendimiento soberano, relegado á estados de segundón, aun en las horas de sus más brillantes triunfos oratorios. Este hombre, que tanto bien pudo hacer por España, que hubiese sido un gobernante estupendo, porque tenía el entusiasmo lírico del poeta y la disciplina intelectual del sabio, no llegó nunca á gobernar. La Restauración le dejó treinta años gastar sus horas en la tertulia del Ateneo y en el saloncillo del Español, mientras castradas nulidades asaltaban los ministerios desde las tertulias familiares de Cánovas y Sagasta.

Así, cuando se le dió la mitad del premio Nobel, cuando Madrid le ofreció un homenaje un poco ridículo, cuando se le concedió el Toisón de Oro, debió ponerse le-

treros por las calles, á ver si leyéndolo en letras grandes se enteraban los españoles de que «esta es España, que tiene los grandes hombres y no los utiliza».

Ya ha muerto Echegaray. Sobre sus restos el mundo oficial ha querido acumular todos los honores imaginables. Los edificios enlutados, las tropas en la calle, el concurso de prohombres... Una aparatosa exhibición de vanidades, que se completará con el relato y la lista de nombres en los periódicos. Dentro de poco, nadie se acordará del pobre muerto, ni de su teatro, ni de su ciencia matemática.

Fuera más cristiano y más patriótico que hicieran examen de conciencia los que se han apoderado de la dirección de los destinos de la Patria. En un sincero propósito de enmienda habría mejor homenaje á Echegaray que en toda esa farandulería con que enterramos lo más representativo que nos quedaba del siglo XIX.

DIONISIO PEREZ.

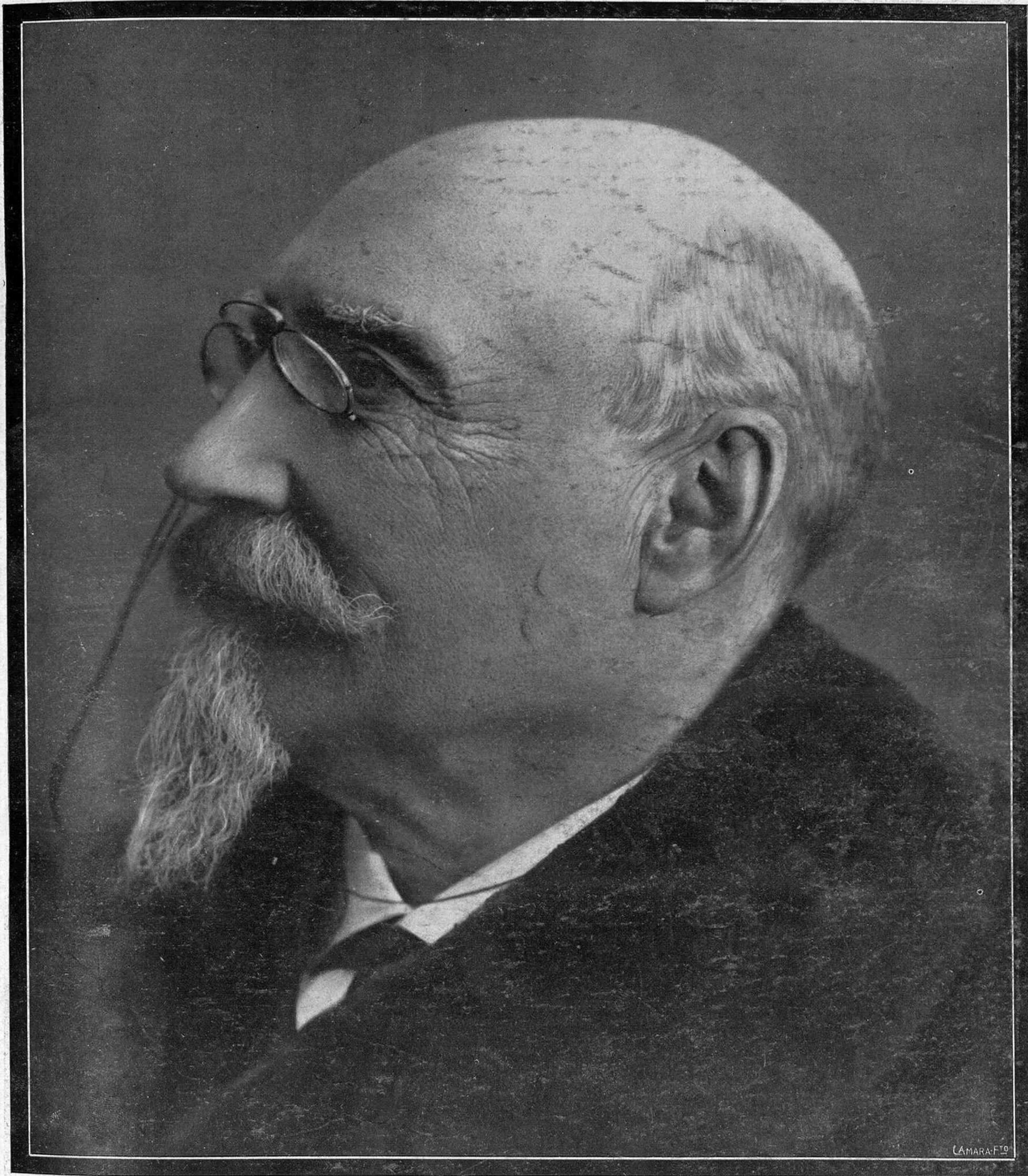


El ilustre dramaturgo D. José Echegaray, con los insignes actores María Guerrero y Fernando Díaz de Mendoza, en el saloncillo del Español durante la representación de una de las últimas obras que escribió el gran comediógrafo

CAMARA F. FOT. ALFONS

labor espiritual. Lo que no concebimos en Echegaray es el político. Durante la Revolución se explica el desbordamiento de su cálida oratoria, apasionada y vehemente, de un desahogado retoricismo latino, toda verbo y toda relieve, pero luego fracasada la Revolución, fracasada la Monarquía democrática, vuelta la nación á los cauces viejos, este hombre superior es lógico consigo mismo, retirándose á su hogar y entregándose al cultivo de la Ciencia y del Teatro. ¿Cómo volvió al cabo de los años, envejecido ya y sin energías, á ser político, á ser ministro? Los años mudan y trastruecan los más recios caracteres. Eran los años ya en que Echegaray buscaba en vano el éxito en el teatro. Ya no vivían sus intérpretes Calvo y Vico. Con nuevos cómicos, nuevas maneras, frente á nuevo público de distinta mentalidad, Echegaray quería modernizarse, interpretar el pensamiento de las nuevas generaciones. Tanteaba todos los vados; *El loco Dios* y *A fuerza de arrastrarse* son grandes ideas que, al encarnar en

## D. JOSÉ ECHEGARAY



La muerte de D. José Echegaray sume en duelo no solamente á la nación española, sino á la raza latina, á la que honraba como uno de sus cerebros de más vigor, de más fecundidad y de mayor luz, como cerebro que la Naturaleza produce excepcionalmente y de siglo en siglo. Echegaray el sabio, el artista, el genio en una palabra, había nacido en Madrid en Marzo de 1833. Desde Murcia, donde había hecho sus primeros estudios, vino á esta Corte á completar los de ingeniero, en cuya Escuela obtuvo el número uno, que conservó durante toda la carrera. Catedrático luego, diputado de las Constituyentes de 1869, ministro de Hacienda en 1874, coautor del célebre manifiesto de 1880 que dió origen al partido republicano progre-

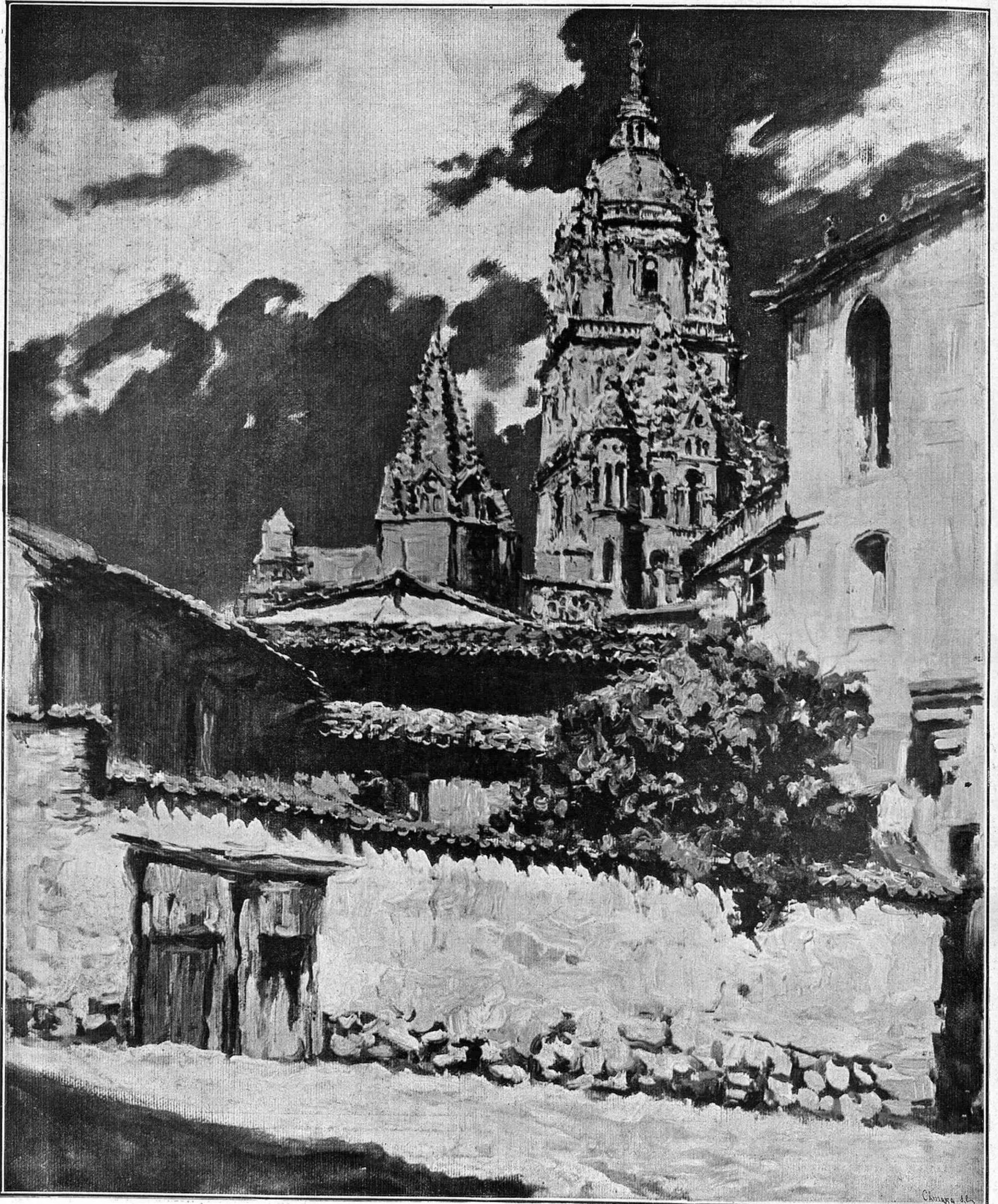
sista, académico de la Española en el 96—como después lo fué de la de Ciencias Exactas—, autor de obras científicas tan importantes como «Teorías modernas de la Física: Unidad de las fuerzas materiales», «Problemas de Geometría», «Teoría de determinantes», «Cálculo de variaciones», «La Termodinámica», «Introducción á la teoría matemática de la luz», «Observaciones y teorías sobre la afinidad química», entre otras, y con un teatro como el suyo que, pese á todos sus detractores, emancipó la escena española de tutelas extranjeras y que le proporcionó días de imperecedera gloria, su inmensa y fecunda labor es incomparable y no hay adjetivo que pueda dar idea de su excelencia.

FOT. ALFONSO

LIBRERIA  
MADRID

LÁMARA F.º

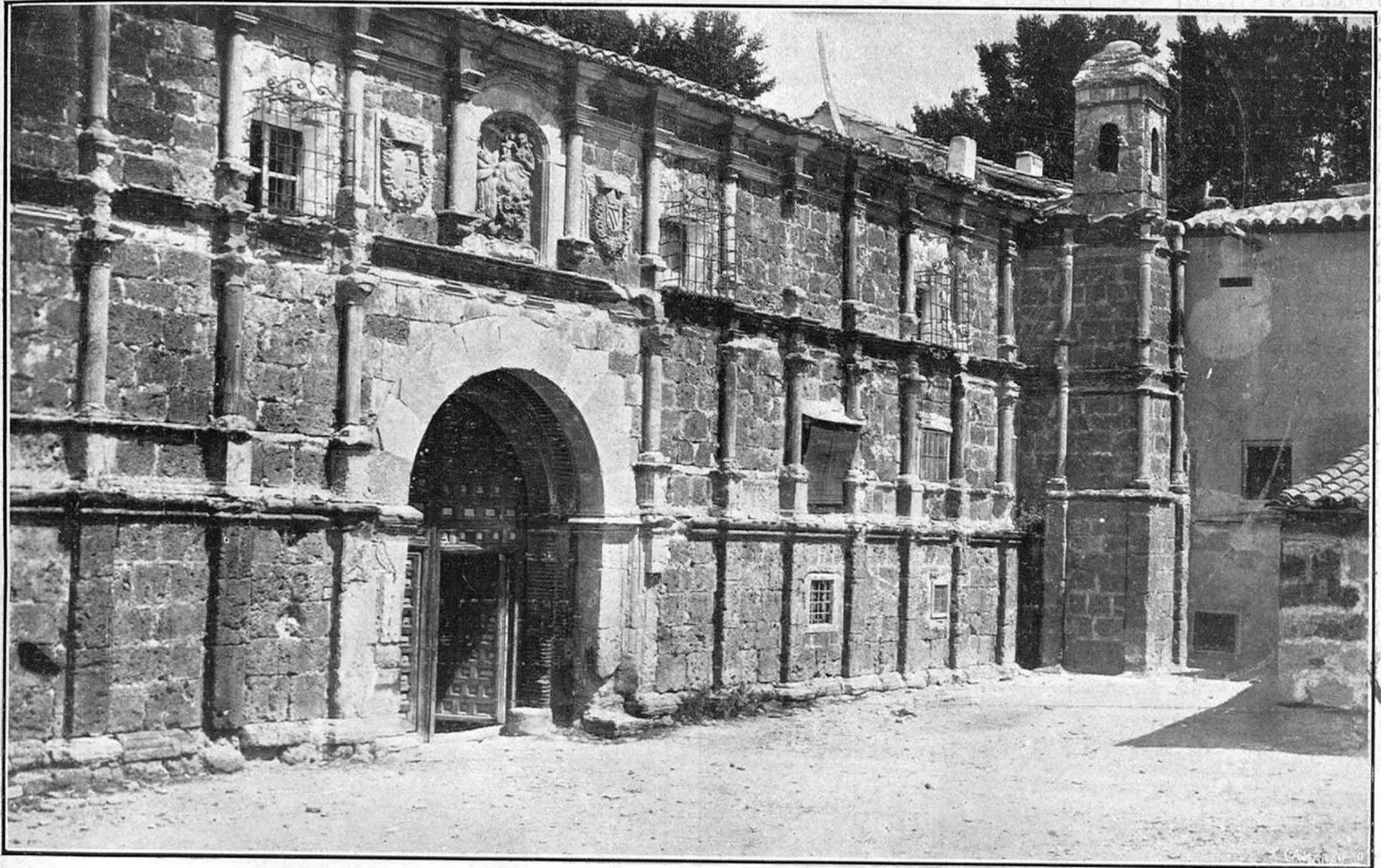
# PÁGINAS ARTÍSTICAS



UN RINCON DE SALAMANCA, cuadro de Enrique Vera

Camara del

MARAVILLAS DE ESPAÑA  
**EL MONASTERIO DE PIEDRA**



Fachada principal del Monasterio de Piedra

**D**IFÍCIL es, dentro de los límites angustiosos de un artículo de revista, dar idea, siquiera sea somera, de lo que es en sí este célebre monasterio, sus recuerdos históricos y las maravillas naturales y arquitectónicas que encierra.

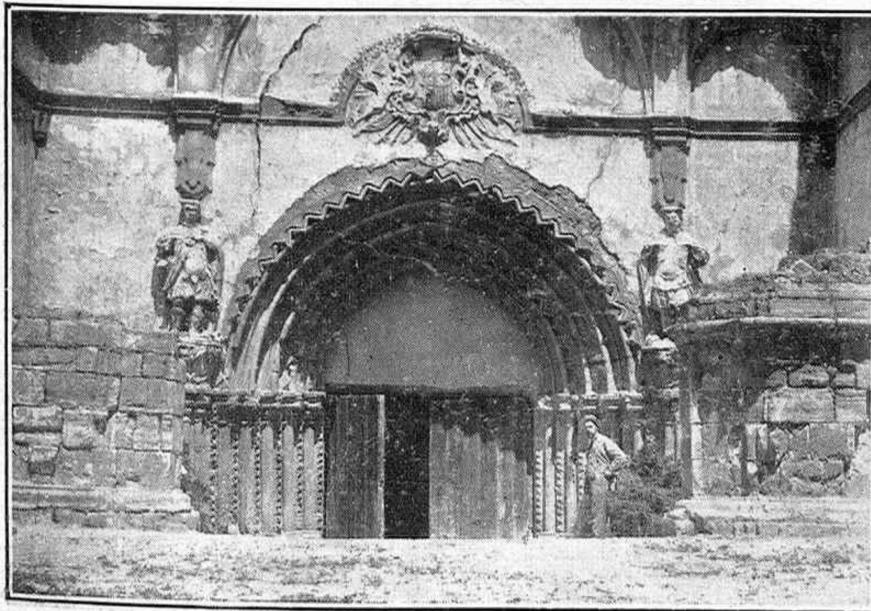
Dos impresiones totalmente distintas, y á cual más bellas, obtuve en mi reciente visita: la que me produjeron sus muros seculares y venerandas ruinas, evocadoras de recuerdos célebres de lo que fué, y la impresión poética, inenarrable, dulce y encantadora de una Naturaleza revesti-

da con sus mejores galas, donde la gota de agua maravilla mostrando lo que sabe hacer con la ayuda del Supremo Artífice y la constancia del tiempo.

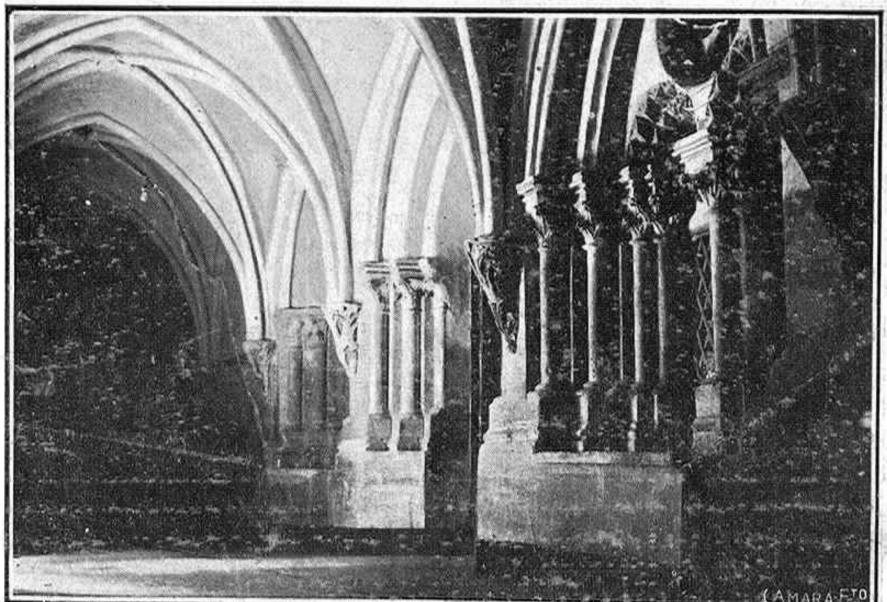
Después de batir dieciocho kilómetros de carretera desde la estación ferroviaria de Alhama de Aragón, deja el auto al turista en vistas de la denominada cruz de Gayarre del camino y frente al cuadrado torreón de piedra con escudos de nobleza y guardapuerta—al que llaman torre del homenaje—. Recordando el poderío feudal, penetramos por el arco apuntado de su

base para pararnos frente á otra puerta: la del frontis principal de la abadía.

Es sobria, flanqueada de torrecillas y formada de tres cuerpos de columnas, empotradas bajo antiguos chapiteles bizantinos. En el interior del portal, á mano izquierda, sobre la puerta de un oratorio, veo rudos frescos de respetable antigüedad. El curioso turista no se detiene. Sale al gran patio del convento, rodeado en su mayor parte por modernos edificios, salvo un lado, que reclama toda atención. Es la frontera en ruinas y puerta del primitivo templo gótico.



Puerta gótica del templo



Claustro y puerta de la sala capitular



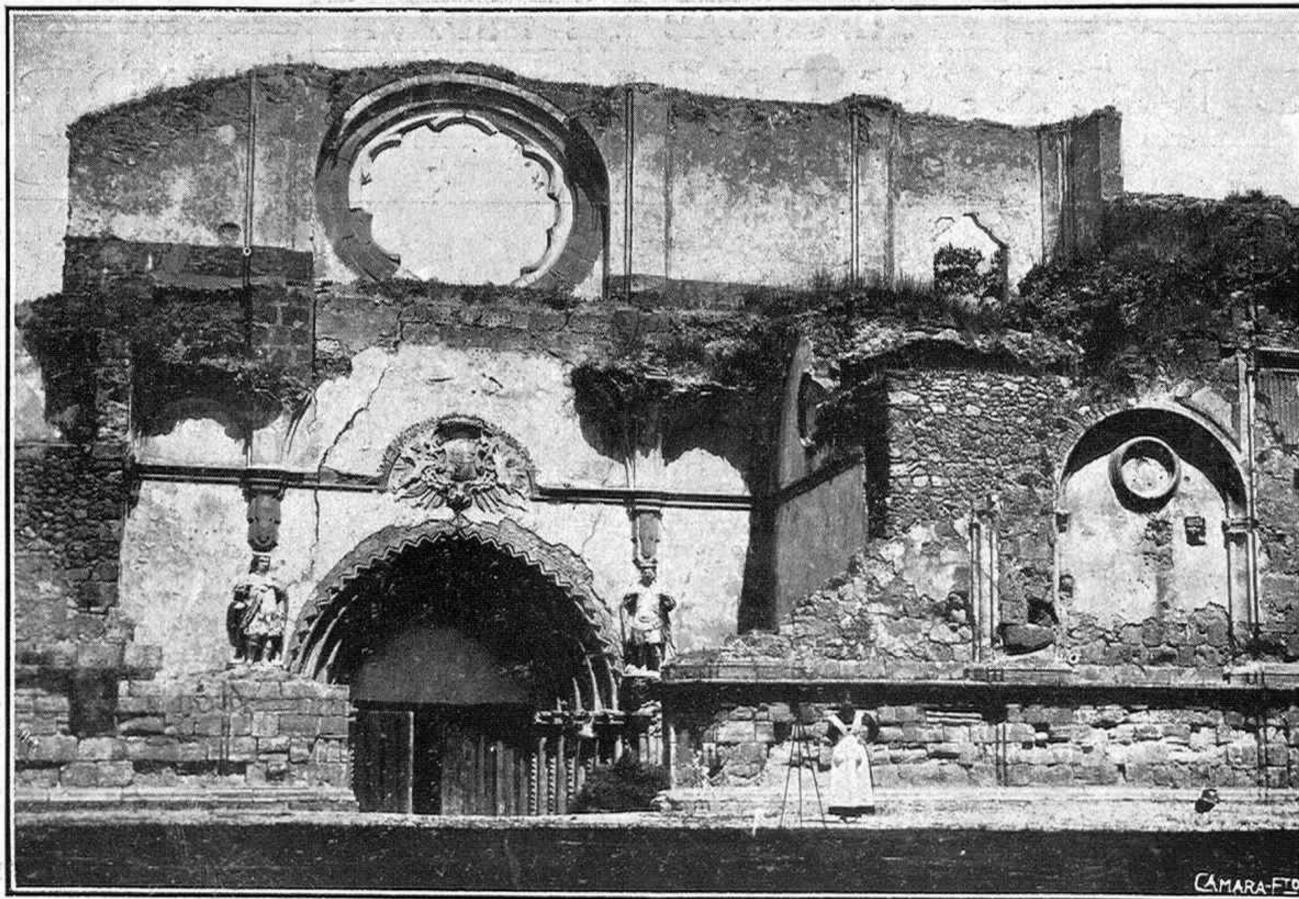
CAMARA FOTO

La impresión es de pena. La destrucción de la arquitectura ojival en su pureza más primitiva, iniciada primero con revoques de barroquismo, ha sido consumada con el abandono más completo, dejando á la inclemencia del tiempo que asole sus bóvedas y á las plantas trepar por doquier. Mis adjuntas fotografías me relevan de nimias descripciones, para las que falta espacio. Lo que fué templo majestuoso del siglo XIII, es hoy corral de la granja.

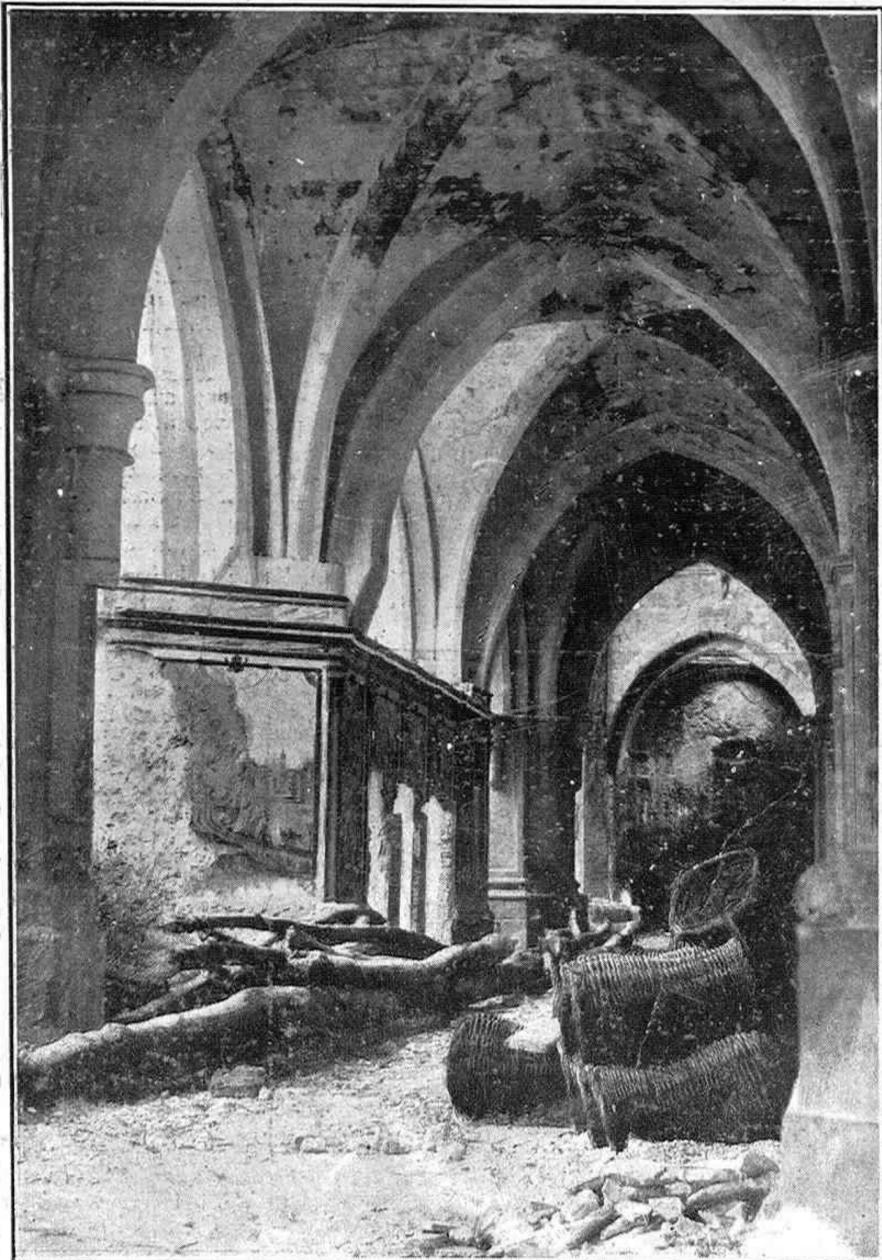
Visitemos la antigua cenobia. En el vasto monasterio caben sin embarazo los distintos estilos arquitectónicos de las diferentes generaciones que en él labraron. Aún perduran los sombríos pasadizos del siglo XII con sus gruesos muros y ventanas semicirculares. El grandioso refectorio es bizantino, de grandes arcos apenas apuntados en su alta bóveda majestuosa. Es curiosa la antigua cocina. Los claustros son góticos y sencillos, arrancando sus cruzadas nervaduras de gruesas ménsulas de follaje. En los rosetones del techo anidan á millares las golon-

drinas, dando poético ambiente á la solitaria mansión. En uno de los corredores es hermosa la entrada á la sala capitular, formada por puerta central y á ambos lados doble ventanal. La sala capitular, compuesta por tres cortas naves y cuadrado plano, es de delicada factura (hoy convertido su recinto en sala de billar). La escalera es amplísima, gigantesca, sin el lujo, pero con dimensiones de la del monasterio de El Escorial. En su columna de entrada pendía el fatídico aldabón que anunciaba con fatídicos golpes la agonía de los monjes.

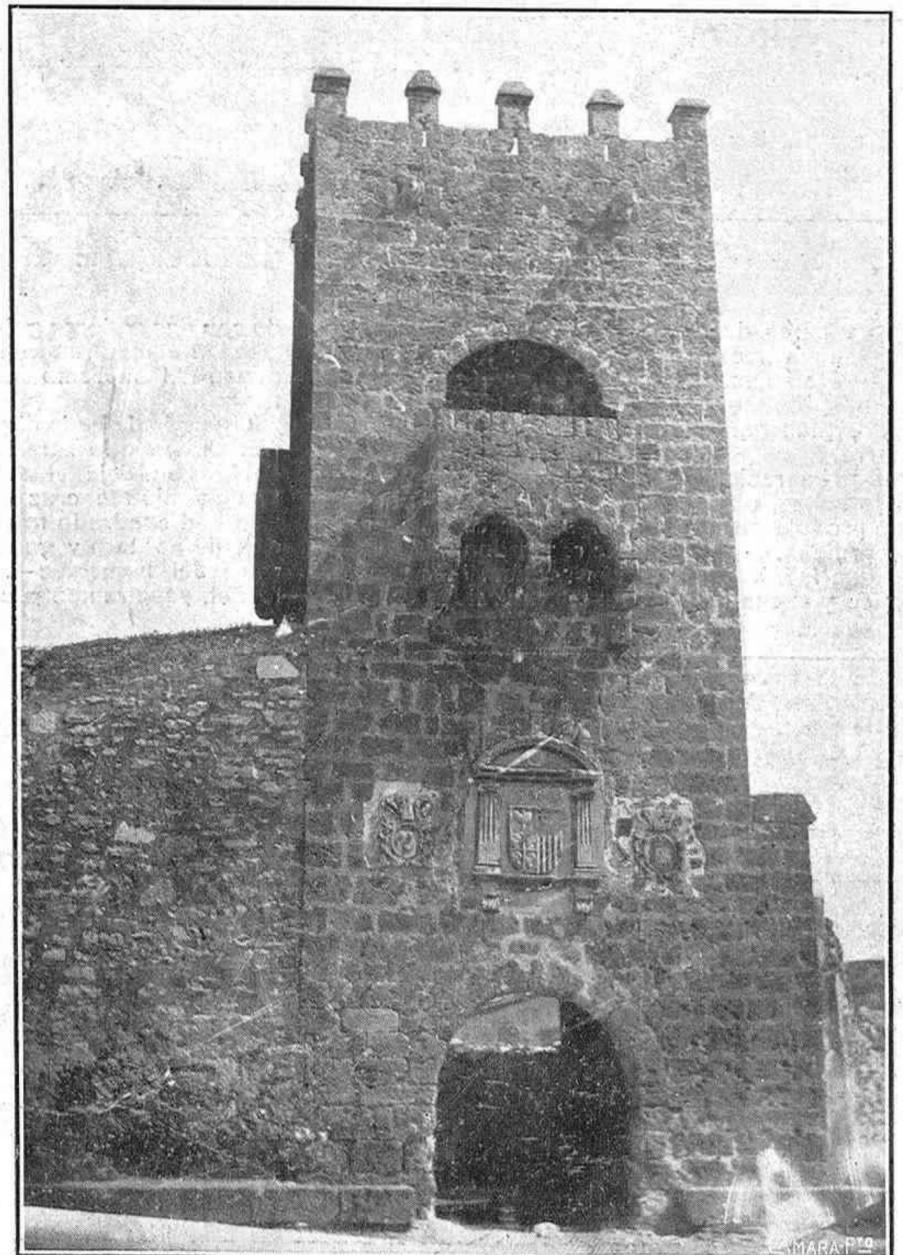
Pero salgamos de esa mansión de tumbas, de ese silencio de muerte, de esos oscuros recintos y busquemos luz, aire, vida y alegría. Internémonos entre el bosque de seculares arboledas y acudamos al grito de la naturaleza que atrae nuestra curiosidad hacia el bramido de las cataratas y el susurro de las fuentes, cascadas y torrentes. Escudriñemos al pasar las caprichosas grutas con sus lindísimas petrificaciones. Bordeemos los lagos, que parecen gigantes-



Ruinas de la fachada principal del templo



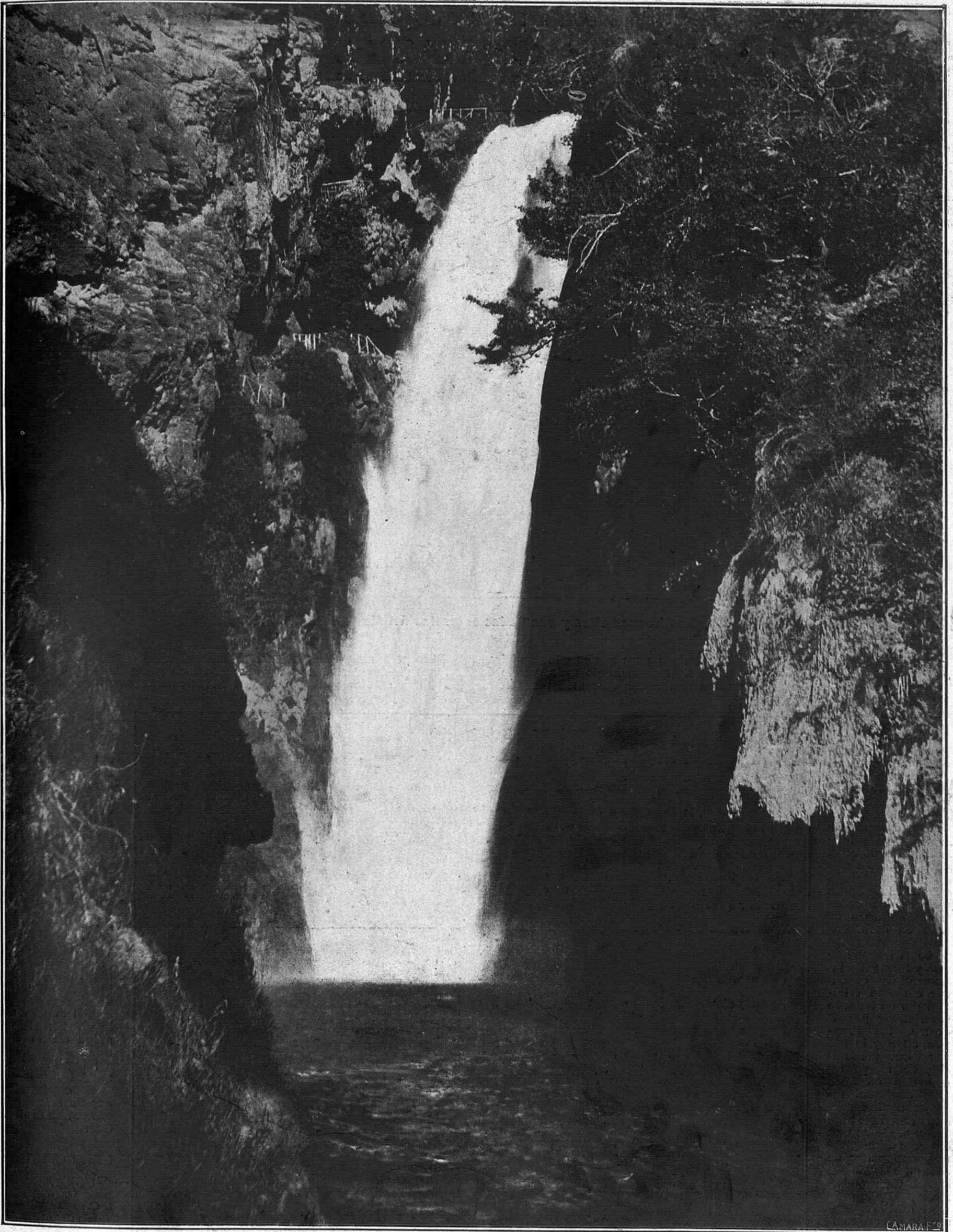
Nave lateral derecha del templo



La torre del homenaje

FOTS. SARTHOU

CAMARA-FLO



MADRID  
BIBLIOTECA  
NENEO

PAISAJES DEL MONASTERIO DE PIEDRA.—CATARATA DE CUARENTA Y DOS METROS DE ALTURA, DENOMINADA "LA COLA DEL CABALLO"

CAMARAF 19  
FOT. SARTHOU



Los fresnos altos y una de las cataratas del Monasterio de Piedra

cos espejos encajados en marcos de verdura para que en ellos se miren reflejados los acantilados de los montes. Recorrámoslo todo, yendo de sorpresa en sorpresa, borrando una impresión con otra más placentera. Y concluyamos pensando qué jardinero, qué artista, que no sea el mismo Dios pudiera concebir tanta maravilla como hay en tan reducido espacio.

El río Piedra, que baja de la alta cordillera después de dibujar sus primeros caprichos en el vado, entra en término del monasterio trifurcándose para rodear en todos sentidos, saltando de roca en roca, bullendo sus espumas en caprichosos juegos y formando innumerables cascadas como la Trinidad por un lado, la Caprichosa por el centro, los Fresnos altos y la Iris por otro, y reunidos de nuevo todos sus caudales más abajo del torrente de los mirlos, precipitarse sobre el vacío en una catarata de cuarenta y dos metros de altura remedando blanca Cola de caballo.

El ruido es ensordecedor. El espectáculo imponente. El panorama indescriptible.

Pero esta maravilla oculta otra maravilla. La cortina del agua, en su vertiginosa caída, cubre una gigantesca gruta, sin igual en el mundo por su bella majestad, y que solamente la pluma de Víctor Balaguer supo describir.

Las más raras estalactitas, las rocas más fantásticas penden de la alta bóveda amenazando aplastar al atrevido y curioso escudriñador del antro.

Constante lagrimeo se desprende del techo (que al río sirve de cauce).

La lluvia interior y los vapores de agua procedentes de la catarata sirven de medio por la tarde para que los rayos solares formen en el fondo de la cueva el arco iris con toda la esplendidez y gama de su colorido.

¡Magnífico espectáculo!

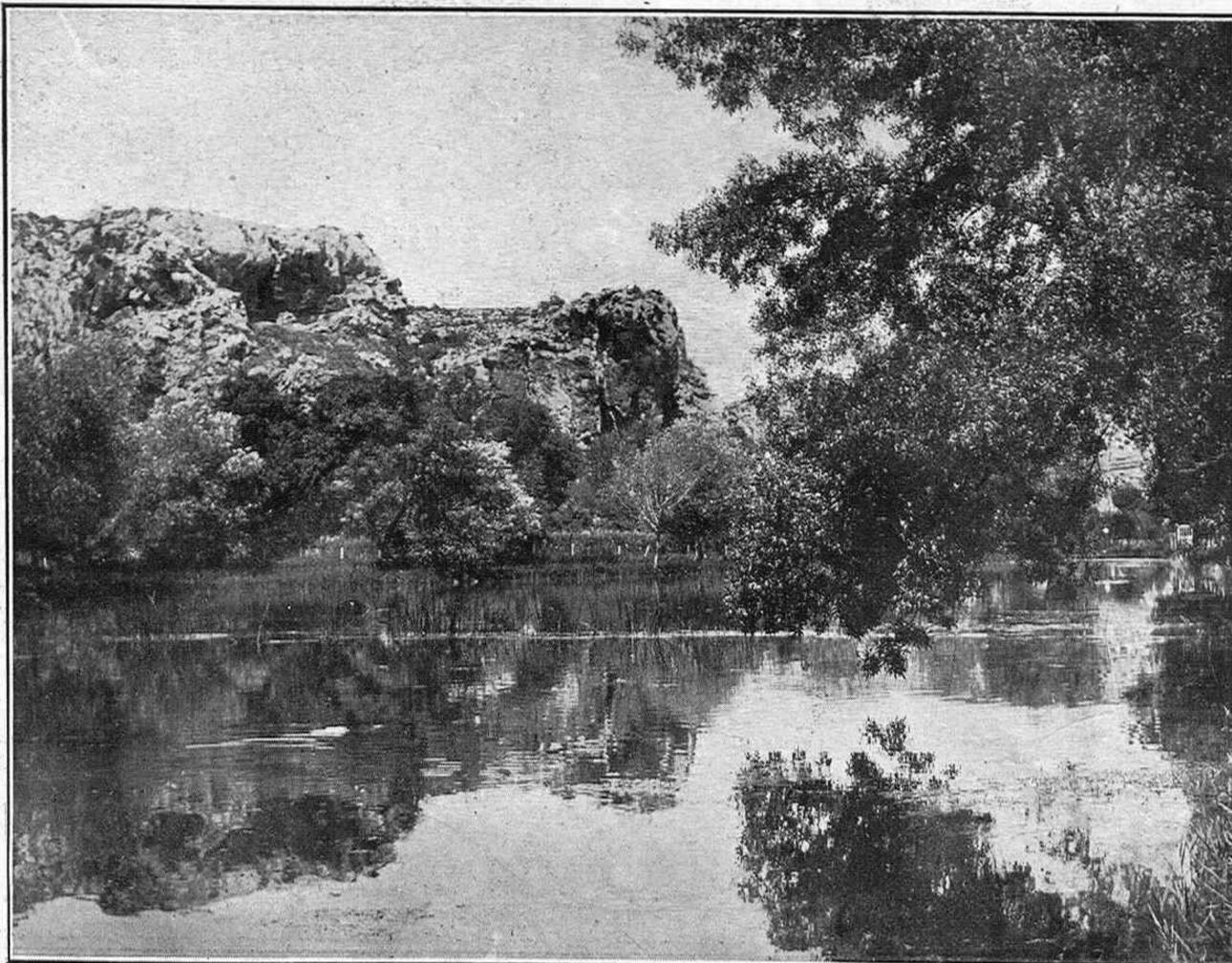
A contemplarlo acuden las blancas palomas silvestres.

DOCTOR CARLOS

SARTHOU CARRERES

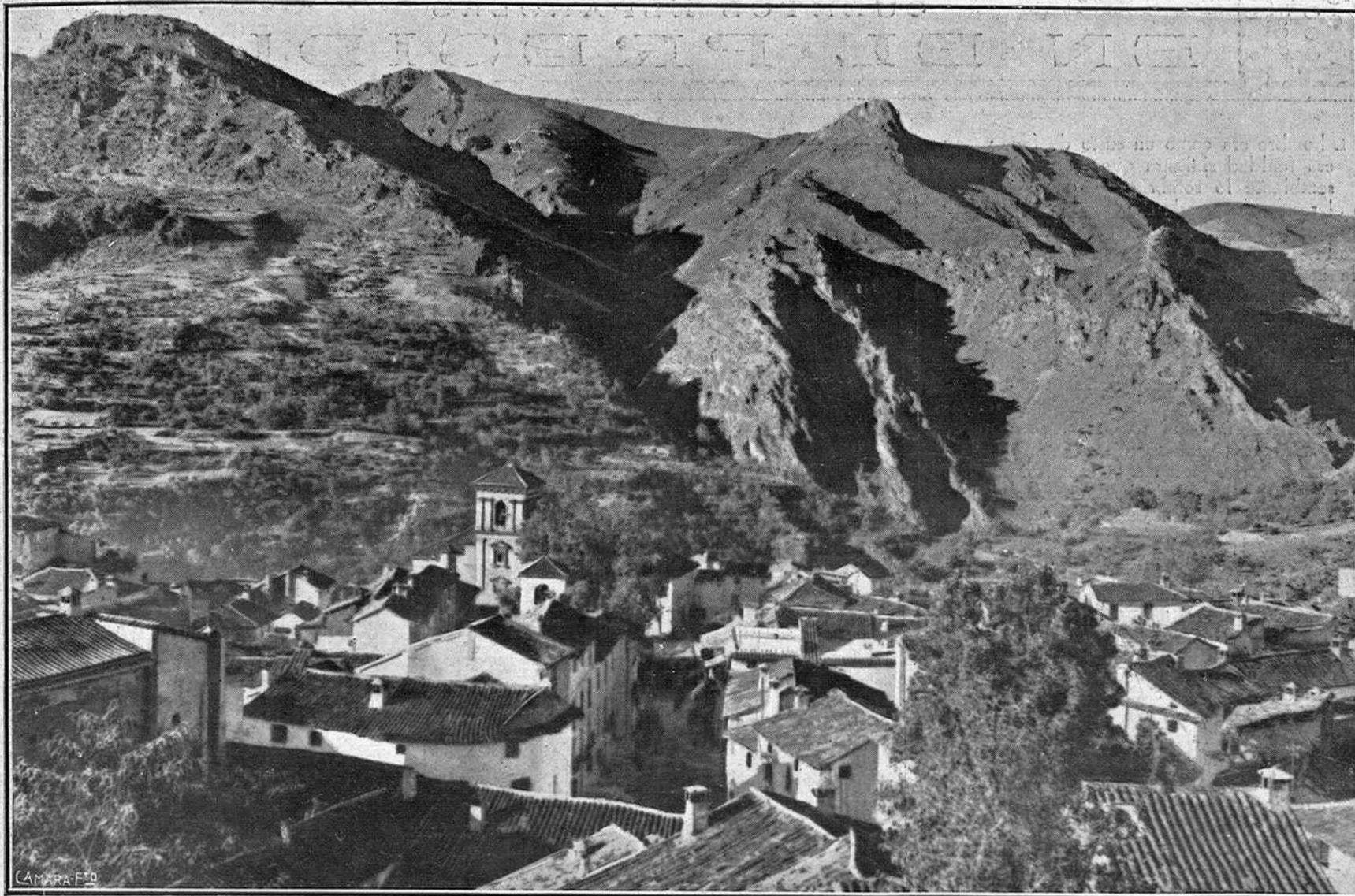
I. C. de la Real Academia de la Historia

Burriana y Agosto de 1916.



El lago del Monasterio de Piedra

## SIMBOLISMO DE LAS CUMBRES



Vista panorámica de Cuyar Sierra

FOT. SOL

## LA VOZ DEL SILENCIO

Huimos de Madrid. Hartos de Civilización, con letra mayúscula, exploramos el alma de los montes y de los ríos, como el héroe de «La Ciudad y las Sierras», aquel jacinto pensamiento, jacinto comprensión y jacinto lágrima...

El ocio veraniego templado no sólo nuestro cuerpo fatigado, sino nuestra alma desvaída. Las «imperiosas vacaciones» dilatan su benéfico fatalismo más allá del Congreso y de la Redacción, de la oficina y del cuartel. Las «curas» de agua, de aire y sol también son curas de meditación espiritual.

En estas pausas estivales no queda otra oratoria que la del silencio. Y la voz del silencio es «el romance sin palabras» de la vida intelectual y sentimental, de nuestra verdadera vida.

En el tráfago del «struggle for life» el espíritu bulle atortolado. Su noble voz se pierde en los clamores de la lucha diaria. El militar, el empleado, el escritor, todos los jornaleros de corbata son Judíos errantes del avatar económico. Tan sólo en el reposo veraniego hace Ashaverus un alto en la fatigosa ruta y halla un árbol amigo que le preste sombra.

¡Oh, montel ¡Oh, selval ¡Oh, río!  
¡Oh, secreto seguro, delicioso!

El Horacio español, más tierno y elegante que el latino, canta en su oda-suspiro la canción del recogimiento. El espíritu, peregrino de la vida, va buscando posada y la montaña se la da generosamente.

Notad que no es la playa, sino la selva; no la ciudad, sino la soledad. La «cura espiritual» huye del mundanal ruido; las playas y los balnearios son unas pobres sucursales del urbismo y de la neurastenia.

Para estar el espíritu atento a sí, para conocerse y ver sus llagas y ponerles bálsamos, el espíritu ha de estar solo, en la sabrosa soledad de su compañía.

A mis soledades voy,  
de mis soledades vengo,

porque para estar conmigo  
me bastan mis pensamientos...

Fué por la soledad el romance-melancolía en donde consignara Lope de Vega su testamento espiritual. Fué en esas soledades donde Pablo de Tarso oyó la voz reveladora; fué en esas soledades donde la India, absorta, escuchó los mandatos de Suya Muni. Fué entre esas soledades donde Jesús de Nazaret meditó el Sermón de la Montaña...

ooo

¡Cumbres-términos, cimas indomables, picachos-estandartes, enhiestos siempre! Vosotros recogisteis los aromas del pensamiento y las fragancias del corazón; desde el cándido amanecer del Génesis a las noches eternas de la Duda; la ofrenda cordial de Abel, inocente, y la sangre de Séneca, suicida.

Las liturgias en todas las religiones, el simbolismo en todas las filosofías, el Mito y la Parábola, la melodía y la canción, se acogen a vosotros, ¡oh, montañas!, como el niño a su madre y el ruiseñor a su zarzal. «¡Gloria in excelsis!» ¡Gloria en las alturas! Tan sólo en las alturas está la gloria.

Cuando un héroe, un poeta, un dios se ofrece a la Humanidad deslumbrada, se ofrece perdurablemente en las cumbres; en los riscos del Himalaya con Zaratustra ó en el Monte de las Calaveras con Jesucristo. Todas las cosas nobles van a lo alto; el vuelo de los pájaros, los suspiros, las oraciones y los ojos llenos de lágrimas.

En los caminos literarios las montañas son manantiales generosos. Las más nobles imágenes vienen de ellas; sus rocas son la Fuerza y sus nieves immaculadas el Candor. El candor, la suprema gracia femenina; la fuerza espiritual, suprema gracia varonil...

Zaratustra, en lo alto de su montaña, es la Filosofía tomando posesión del mundo pensante. Jehová, legislando entre relámpagos en el Sinaí, es la Religión tomando posesión del mundo ingenuo. Beatriz, desde los montes del Paraíso

dantesco, es el Amor reinando sobre el mundo sentimental.

En cualquiera de estos maravillosos, eternos símbolos, son las montañas madres y musas. La humanidad del «hondo valle obscuro», del «valle de lágrimas», se ahoga en él y suspira por las cumbres. En las cumbres están los aires sanos y los pensamientos nobles. «Arriba—dicen los creyentes—está Dios».

ooo

La pastoral se ha insinuado con un trémulo son de esquilas y un quejumbroso balar de recenales. El sol dejó sus almohadas y ríe, juguetón, entre las nieves como en sus pañales el Niño-Dios. Un bando de perdices ha votado barranco arriba y por los claros del zarzal se han visto liebres que se agazapaban.

Allá a lo lejos, por la carretera, cruza un auto como una tromba. Las plumas de un sombrero, el blancor de un pañuelo que se agitaba, nos hablaron del «dulce mal» de Petrarca y de Garcilaso. «¿Quién será esa mujer? ¿Cómo será?...

El batallón de pinos perfila sus sombreros verdes en la loma. Lentamente, las mulas del molinero ascienden, resoplando, barranco arriba. Se oye el «gló-gló» del manantial y se ven lavanderas en refajo y brazos arremangados y morenos.

La montaña es toda silencio, toda alma. Se ha visto a un hombre pálido, como el héroe de Longfellof, avanzar trémulo al pie del monte, como al pie de una reja novia. Y se ha sentido la palpitación telúrica, el temblor de la Tierra, alborozada; rumor de acequias, balar de recenales, arrullar de tórtolas. Y las entrañas de la Tierra latieron, como las entrañas de una madre. Y el hombre pálido ha comenzado emocionadamente su ofrenda lírica:

¡Oh, montel ¡Oh, selval ¡Oh, río!  
¡Oh, secreto seguro, delicioso!  
Rolo casi el navío,  
a vuestro almo reposo...

CRISTÓBAL DE CASTRO



CUENTOS ESPAÑOLES  
**EN EL PRESIDIO**

EL hombre era como un susto de feo, y con esa fealdad siniestra que escribe sobre el semblante lo sombrío del corazón. Cuadrado el rostro y marcada de viruelas la piel, sus ojos, pequeños, sepultados en las órbitas, despedían cortas chispas de ferocidad. La boca era bestial, la nariz chata y aplastada en su arranque. De las orejas y de las manos mucho tendrían que contar los señores que se dedican á estudios criminológicos. Hablarían del asa y del lóbulo, de los repliegues y de las concavidades, de la forma del pulgar y de la magnitud, verdaderamente alarmante, de aquellas extremidades velludas, cuyos nudillos semejaban, cada uno, una seca nuez. Dirían, por remate, que los brazos eran más largos de lo que correspondía á la estatura. En fin, dibujarían el tipo del criminal nato, que sin duda era el presidiario á quien veíamos tejer con tal cachaza hilos de paja de colores, que destinaba á una petaca, labor inútil y primorosa, impropia de aquellas garras de gorila.

El director del Penal, que me acompañaba, me llevó á su despacho con objeto de referirme la historia del individuo.

—¡Un crimen del género espeluznante! Lo que suele admirarme en casos como el de este Juanote, que así le llamaban en su pueblo, es eso de que toda una familia se ponga de acuerdo para cometer algo tan enorme y no le arredre consideración alguna. Se comprende más lo que haga una persona sola. Unirse en sentimientos y exaltaciones tales tiene algo de extraño; pero el caso es que sucede.

Aunque en el crimen parece que fué Juanote el más culpado, los demás no le dejaron solo. Los móviles son un misterio; se han dicho cien cosas, y no se ha comprobado ninguna. ¿Los móviles? Yo, que tengo experiencia, digo que es una de las curiosidades del crimen la escasa relación de los móviles con el hecho. Actos espantosos se realizan, y si va usted á mirar, por móviles baladíes. Sin embargo, cuando cometen el crimen varias personas, unidas á la víctima por vínculos de sangre, no se concibe que no haya antecedentes, estados anteriores, determinantes. Y aquí no fallará la regla, pero no hemos podido desenredar el ovillo, porque transcurrieron dos años antes de que el hecho se descubriese.

La víctima era un tratante de ganados, del pueblo de Cordaña, que desapareció de pronto, sin que nadie pudiera averiguar su paradero. ¿Dónde irá, dónde no irá? Los suyos eran los primeros á preguntarlo, á mostrar inquietud. Al principio, como un vecino le debía dinero, recayeron sospechas en él; pero mostró cumplidamente su inocencia y fué puesto en libertad. Comenzó á divulgarse la especie de que el tratante había huído á América, por no hacer frente al mal estado de sus negocios.

La gente de su casa era la que más aire daba á la conjetura.

—¿Qué ha de ser, sino eso?—repetía lloriqueando la mujer del difunto.

La familia se componía de esta mujer, llamada Jacinta, de su hija, casada con Juanote, y de un hijo, niño de cuatro á cinco años cuando su padre desapareció, y del padrastro de Jacinta, que falleció poco antes de descubrirse el crimen, y que también tuvo parte en él. Por la razón de que los muertos no se defienden, le cargaron al pronto la mayor culpa; pero los jueces entendieron que fué un comparsa, dominado por las dos mujeres, por la Jacinta en especial. Un hermano de la víctima, el alcalde del pueblo, era tal vez el único que había concebido sospechas rayanas en verdad. Quedó la duda en su mente como un fuego oculto, pero no se atrevió á manifestarla, y lo que hizo, bastante significativo, fué no volver á poner los pies en la vivienda de su cuñada, y á



observar de lejos. Esperaba que el crimen se delatase á sí mismo.

Un día, el niño, que iba á cumplir los siete años, se encontró en la calle al alcalde, y se refugió en sus piernas.

Lloraba el pequeñín sin consuelo, y en su cara había la huella de una pena muy superior á su corta edad. Una pena de hombre.

Con palabras halagadoras, el tío consoló al sobrinillo, se lo llevó. Poco tardó en saber que la razón de tantas lágrimas era que su madre le había vapuleado, atándole primero á una higuera de su huerto. Abrió el alcalde la camisa y vió los verdugones, rojos aún, que pronto serían cárdenos.

—¿Y por qué te ha pegado así tu madre? ¡Algo malo harías!

—No, tío Esteban, no... Fué porque dice que me junto y que hablo con los demás niños... Y yo no hablo, ¡no quiero hablar! Si hablo, ¡pobre de mí! ¡Me matan como á mi padre!

El alcalde se quedó estupefacto... Por mucho que lo presintiese, no lo creía. Sucede así muy á menudo.

Cuando por fin pudo remover la lengua, fué para avisar en las casas más próximas á dos testigos, requiriendo que le acompañasen.

Los escondió en el cuarto contiguo y, cariñosamente, empezó á persuadir al niño á declarar lo que sabía. Y las negativas de la criatura eran confesiones, porque repetía balbuciente y desolado:

—No, tío Esteban; que si cuento lo que pasó también me despedazan á mí!

Por fin, se decidió, entre sollozos... El relato era entrecortado, sin orden, pero de sus fragmentos resaltaba la forma real y primitiva de la horrible verdad. Una noche, su madre había enviado con el niño recado urgente á su padre, que estaba jugando unas partidas de mús en el casino del pueblo. El crimen tiene de estas incomprensibles imprevisiones. Era más lógico que, pues el

tratante había de recogerse á su hogar, le esperasen en él. Era inútil y peligroso servirse del niño. Pero las ideas de espanto ciegan, y la impaciencia de salir de la expectativa hace cometer imprudencias, olvidar precauciones.

Vino la víctima sin desconfianza, y el que acaba usted de ver, Juanote, el yerno, le echó al cuello las manazas y le estranguló. Reunidos todos después, trajeron las mujeres sacos, el hacha, cuchillos, una sierra, y descuartizaron el cadáver. Los miembros destroncados los fueron metiendo en los sacos, que eran de recoger patatas, y, terminada la operación, dejando á las mujeres el encargo de hacer desaparecer las huellas, los dos hombres cargaron los sacos, y el niño oyó que decían:

—¡A prisa, al cementerio!

Y, en efecto, cuando la Guardia civil echó mano á los culpables delatados por el alcalde, y que se creían ya seguros, fueron removidas ante el Juzgado algunas fosas, y aparecieron los pedazos del misero tratante.

—¡Es macabro!—exclamé—. ¿Y no se ha averiguado, dice usted, nada acerca de lo que impulsó á esa familia maldita?

—No... Es decir, conjeturas, unas absurdas, muchas contradictorias, apoyadas en las declaraciones embrolladas de los acusados. De éstos, dos, por último, confesaron de plano, y uno negó siempre. El cuarto estaba con Dios... ó... En fin, Juanote, autor material, confesó, y lo mismo su mujer, hija de la víctima. Negó hasta haber tenido conocimiento del crimen la mujer del muerto, que era guapa aún para sus cuarenta años, y muy melosa, muy insinuante, pero, como sabemos, capaz de atar á su hijito y ponerle en carne viva. No había visto nada, estaba durmiendo profundamente y dejó ser durante aquel sueño de inocencia...

Y cuando á Juanote le preguntaban por qué había procedido así, la respuesta era un meneo de su cabeza y una frase roncamente pronunciada.

—Lo «arreglé» porque lo tenía prometido... y porque él era aún *más peor* que yo.

—¿Peor que esa fiera no habrá nadie?—exclamé indignada.

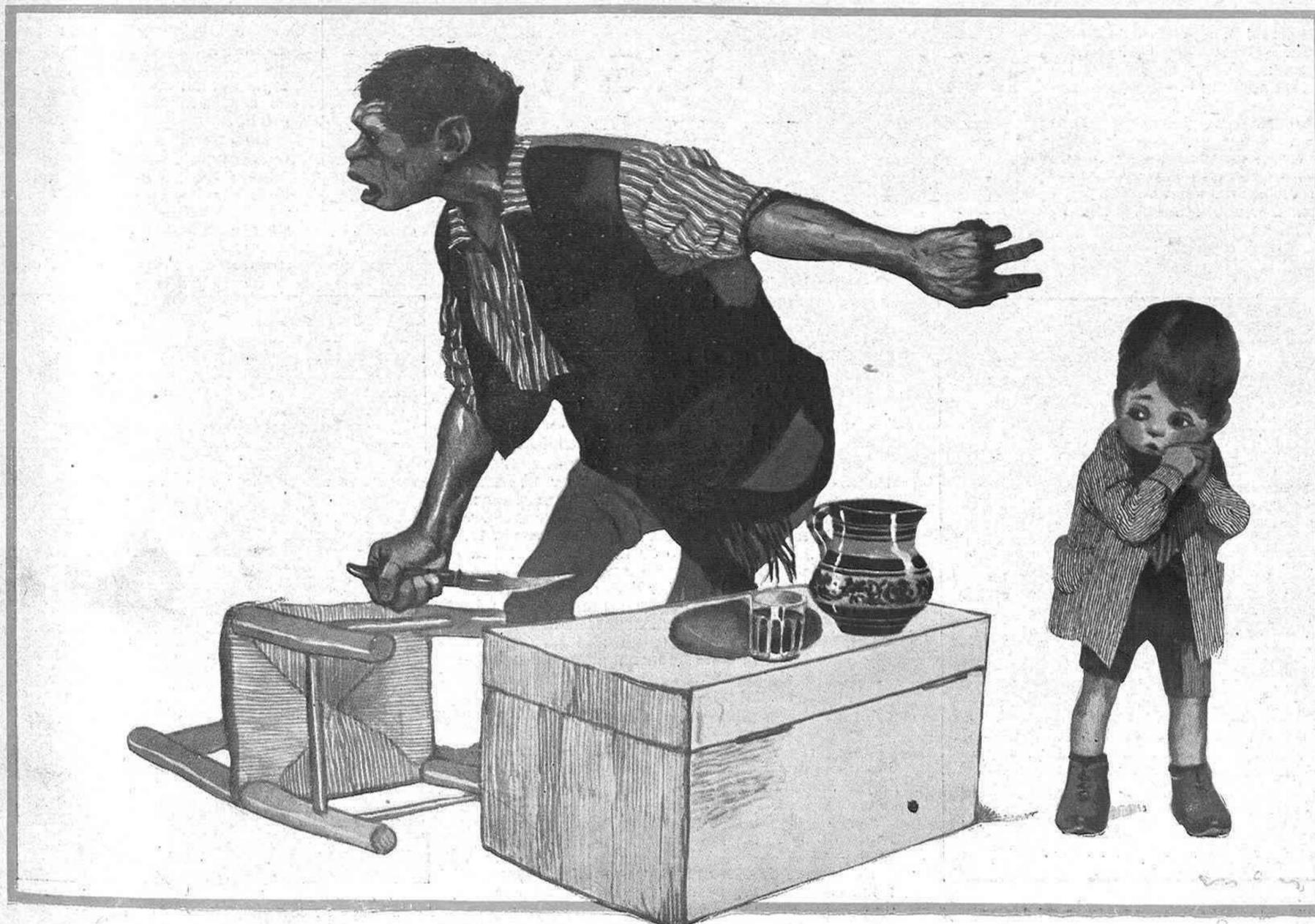
El director calló un momento. Pensativo, parecía buscar en sus múltiples recuerdos de celador de almas condenadas, algo que expresase su criterio respecto á Juanote.

—Muy malo es—dijo por fin—, y no sé si fué ó no acertado que lo mandasen por toda su vida á presidio, en lugar de darle garrote. Es decir, para que no se ría el diablo de la mentira, al palo le mandaron; pero el día de Viernes Santo recayó en él indulto. Sin embargo, ¿no cree usted que en todo hombre, por malvado que sea, hay una centella de sentimiento, un poco de luz, escondida allá en las lobregueces de su espíritu? Yo, á fuerza de ejercer mi oficio, que tanto instruye y documenta sobre la naturaleza humana, he llegado á adquirir esta convicción. Y es más: me atrevería á afirmar que las acciones de los mayores criminales, en lo habitual, no se diferencian tanto, tanto, de las del hombre normal, de bien. Nadie es criminal á todas horas, á todos los instantes... Juanote, donde usted le ve, está en presidio, no por su crimen, sino por un buen sentimiento. No me retracto: por un movimiento hermoso. Es el caso que el niño, al completar sus revelaciones, contó que la noche del crimen, mientras estaban en la lúgubre faena, alguien dijo: «Al pequeño había que matarlo; nos va á vender.» Y Juanote, sacando un cuchillo, gritó: «¡Al que toque al chico, lo degüello!» Si el consejo se hubiese seguido, tal vez no se descubre la fechoría...

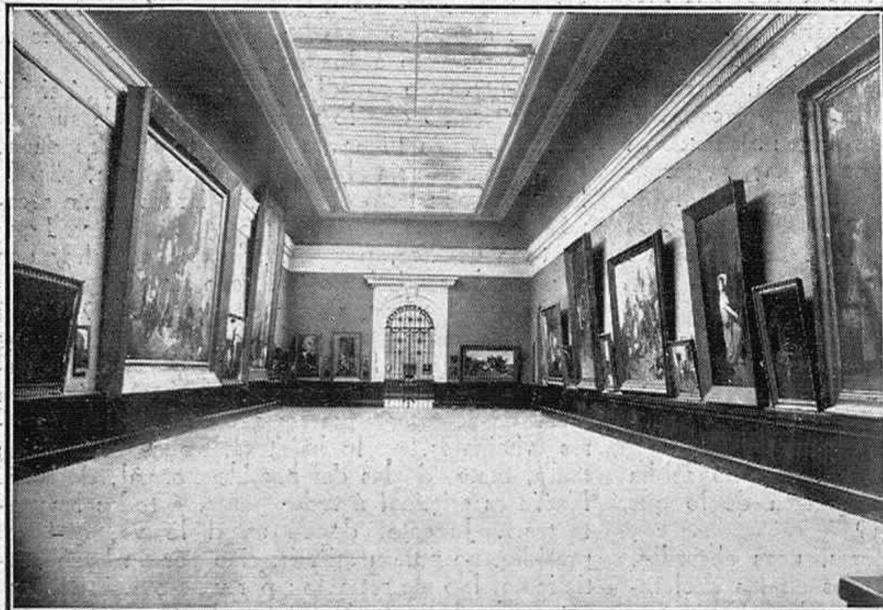
—No diga usted más, porque hará usted hasta que me sea simpático Juanote. Y no quiero saber quién fué el *alguien* que trataba de suprimir al niño...

LA CONDESA DE PARDO BAZAN

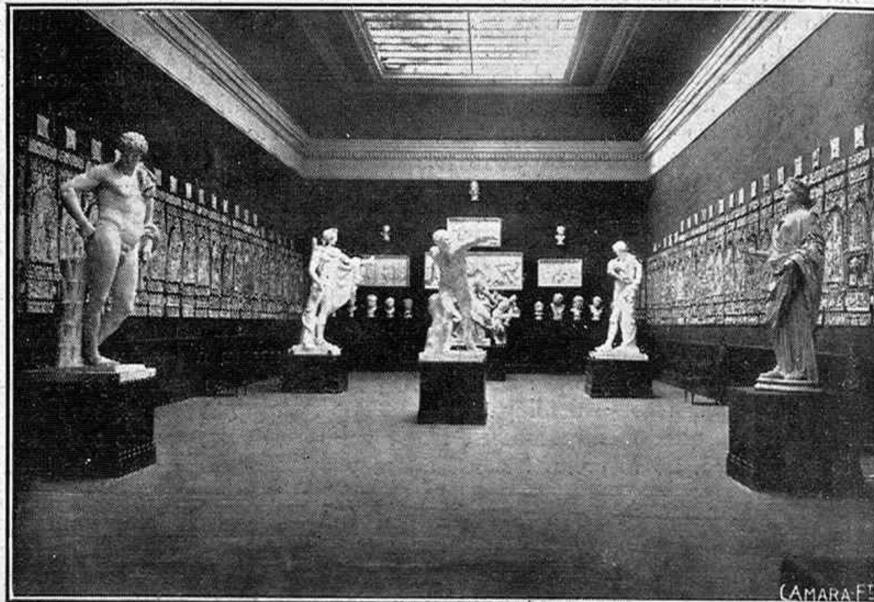
DIBUJOS DE RIBAS



BELLAS ARTES  
EL MUSEO PROVINCIAL DE ZARAGOZA



Sala de pintura moderna



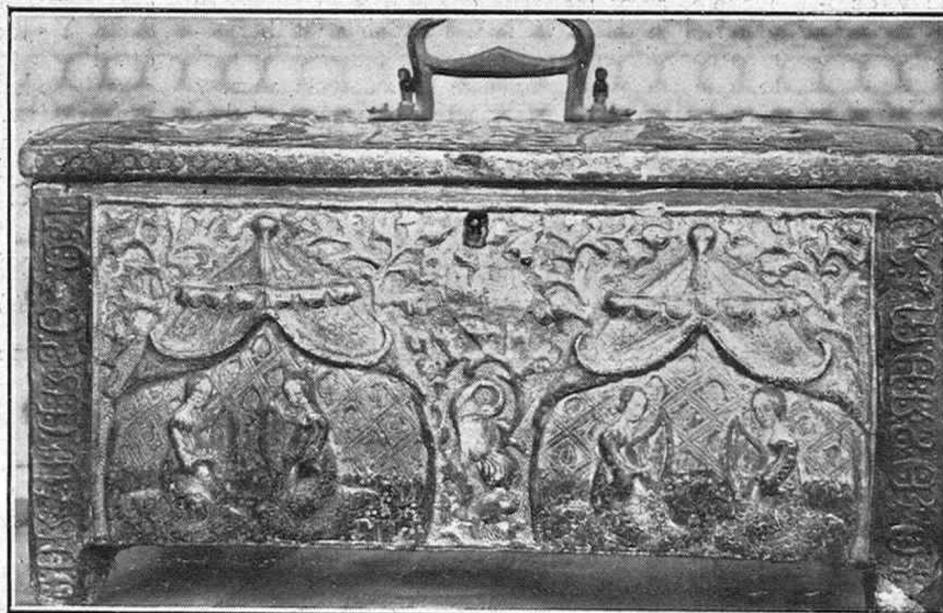
Sala de la sección de reproducciones

Es la invicta ciudad de los Sitios una de las que más se preocupan de su propio engrandecimiento y de cooperar al colectivo de la nación con sus esfuerzos, siempre encaminados en el sentido del progreso mejor orientado.

Aquellos que visitan a Zaragoza con alternativas de algún tiempo, la encuentran a cada nueva visita más remozada y con nuevos alicientes para el turista y mayores demostraciones de cómo sus ciencias, sus artes, sus industrias, prosperan de notable modo.

Una manifestación de esta incesante actividad y de los frutos que, con el noble empeño de engrandecer a su patria chica obtienen los zaragozanos, es el flamante Museo Provincial, donde hay no poco que admirar y mucho digno de ser alabado en el orden de organización y clasificación.

Cuando se celebró en 1908 la Exposición Hispano francesa del



Arquilla del siglo XV

mirable por la pureza de su estilo y el modelado elegante de los paños; hay en la Sala Musulmana, los grandes arcos, capiteles y ménsulas del famoso palacio de la Aljafería. Y en cuanto al Salón del Renacimiento contiene el primoroso arco ojival del convento de Santo Domingo, verdadera maravilla arquitectónica del siglo xv; el admirable sepulcro policromado de D. Pedro Fernández de Híjar; las magníficas columnas del palacio de Torrellas y los escudos de la Diputación del Reino, soberbias piezas escultóricas del siglo xv, con más otra importante serie de estatuas, piedras, armas, objetos de cerámica y tallas de subido mérito.

Una amplia escalera de honor conduce al piso principal, que consta de una hermosa galería abierta sobre el patio, y a la cual dan las puertas de las distintas secciones de los Museos.

Once salas comprende el Museo de Pinturas y de entre ellas



Venus del tiempo de Augusto (mármol de Carrara)

Centenario de los Sitios, ya se destinaba de antemano uno de los edificios de la antigua Huerta de Santa Engracia a Museo de Bellas Artes y a Museo Comercial.

Este edificio es el que actualmente ocupa el Museo Provincial. Sus arquitectos, D. Ricardo Magdalena y D. Julio Bravo, quisieron darle un carácter netamente regional, y así presenta el aspecto fuerte y señorial a un tiempo mismo, de las construcciones aragonesas del siglo xvi.

Dos notables escultores zaragozanos, Carlos Palao—actual director del Museo—y Dionisio Lamen, esculpieron las monumentales figuras de la Poesía, la Escultura y la Arquitectura, y las de la Industria y Comercio respectivamente, que son bello ornamento de la monumental fachada.

Ya al entrar en el interior del edificio sorprende el gran patio central con su recuerdo de una de las más famosas y características bellezas de la Zaragoza de otro tiempo: el patio de la Casa de Zaporta ó de la Infanta, hoy día desaparecido, desgraciadamente.

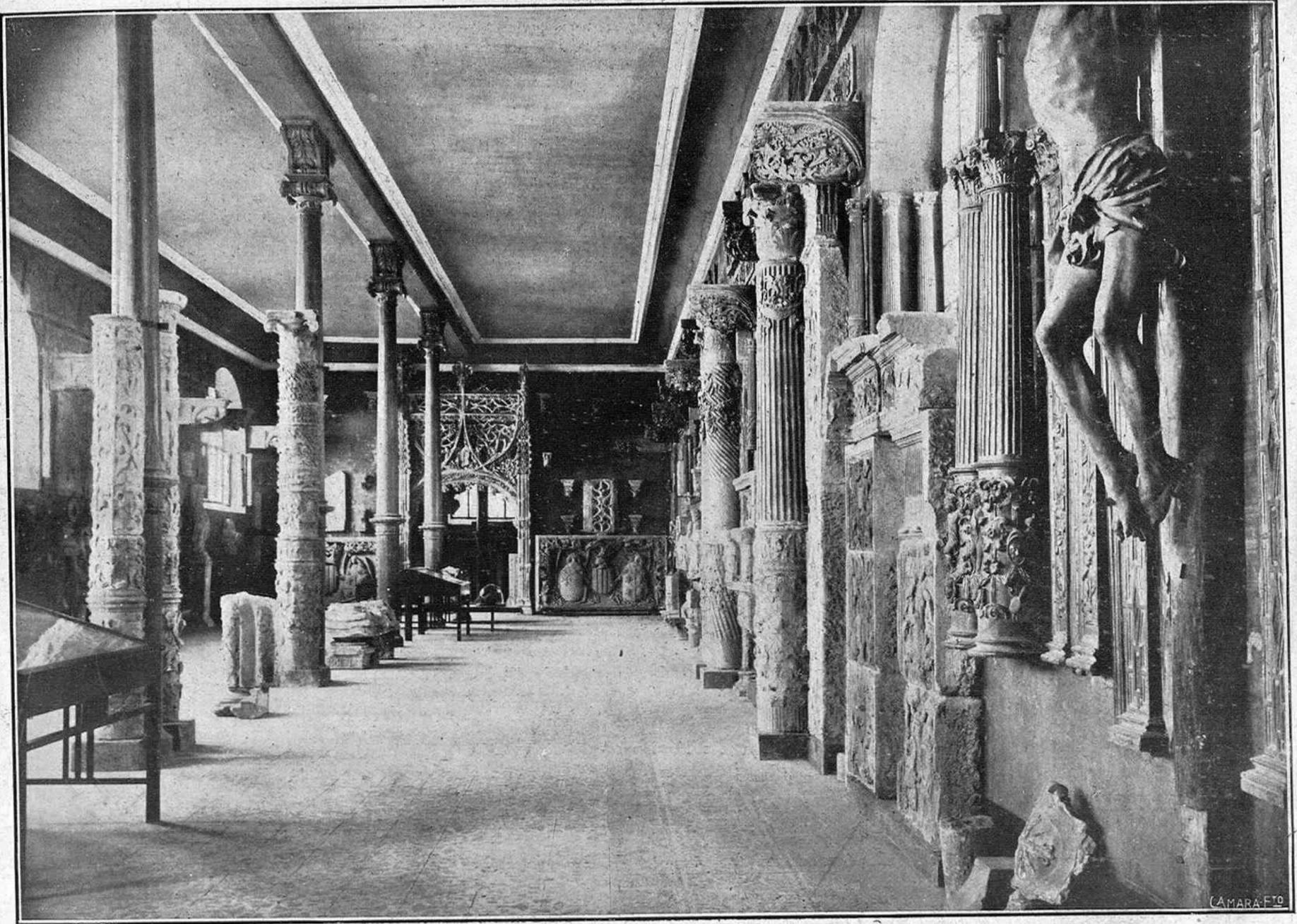
Dan a este patio las diferentes puertas de los distintos departamentos dedicados a Museos Comercial y Arqueológico.

Aun no siendo, como son, tan interesantes las otras secciones del piso superior, en que se hallan instalados el Museo de Pintura y el Museo de Reproducciones, bastaría ésta del Museo Arqueológico para hacer del Provincial de Zaragoza uno de los más interesantes y completos de España.

Destácase de entre la interesante serie de estatuas, mosaicos, barros ibéricos y otra clase de objetos de la «Sala Romana», una Venus ad-



Tabla de la escuela flamenca copiada por Torres Moraus



Sección arqueológica del Museo de Bellas Artes de Zaragoza

se destacan, por el mérito de las obras allí expuestas, las siguientes:

La *Sala de Goya*, donde lo más saliente es un magnífico autorretrato del más grande de los pintores españoles; varios primitivos aragoneses de extraordinaria importancia; una tabla flamenca del siglo XVI traída a España por el Duque de Villahermosa, don Martín de Aragón, y el retrato de Jusepe Martínez, pintor de Felipe IV.

Son notable ornato de la *Sala Contemporánea* lienzos de Unceta, Muñoz Degraín, Ferránt, Mercadé, Larraz, Alvarez Dumont, Gonzalvo, Arredondo, Cutanda y otros. No tardarán, y en bien del arte debemos desearlo, otras obras más de nuestra época, ya que artistas modernos aragoneses no faltan para ello. Bien recientes están los triunfos de los pintores jóvenes que, presididos por Ignacio Zuloaga, celebraron una exposición en este mismo local durante el pasado mes de junio.

Destacáronse entonces artistas de tan positivos talentos como Marín Bagüés, Gil Bergasa, Díaz Domínguez, Aguado Arnal, Lafuente y

García Condoy, que no tardarán en figurar con obras suyas en esta sala de arte contemporáneo.

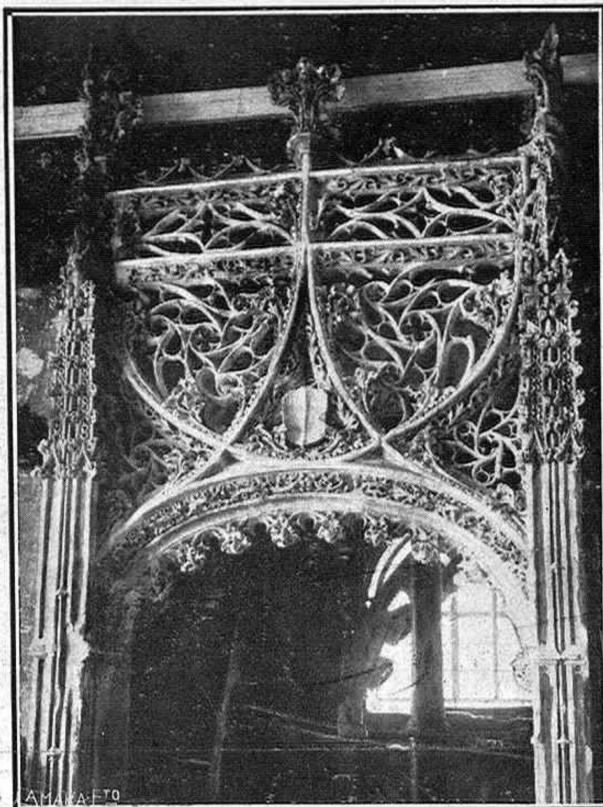
Constituye la *Sala de Villahermosa* la serie de hazañas del primer duque de este título, D. Alfonso de Aragón, más interesante por su valor documental que por su valor pictórico.

Por último, en la *Sección de Reproducciones*, además de los vaciados en yeso del magnífico coro del Pilar, obra de Juan Moreto, Esteban de Obay y Nicolás Lobato, se expone gran número de reproducciones de escultura clásica.

Tales son á grandes rasgos descritas y con la parquedad impuesta por la falta de espacio, las más importantes bellezas de este Museo Provincial levantado en la Huerta de Santa Engracia cerca del río Huerva, que derribara por sus cimientos las torres de la puerta *Quemada* el año 1537.

De desear es que el Estado conceda al Museo de Bellas Artes de Zaragoza toda la importancia que merece por su interés y la riqueza artística que guarda.

SILVIO LAGO



Arco del siglo XV, procedente del Convento de Santo Domingo



Arquilla del siglo XVII, que se conserva en el Museo de Zaragoza

# DE VUELTA DEL "RAID" SOBRE EL ENEMIGO



MOMENTO DE ATERRIZAR UN AVIÓN INGLÉS, DESPUÉS DE UN VUELO NOCTURNO SOBRE LAS LÍNEAS ALEMANAS

Dibujo de Montague Dawson

CAMARA F. 2





Ruínas del templo de Júpiter y de la muralla bizantina de Dougga

## ¡Aquí también fué Roma!

Amigos de las viejas piedras y de las ruinas que el tiempo hizo sagradas: si visteis el Coliseo romano y si admirásteis las Arenas de Nîmes y creísteis haber conocido el genio romano, haced cuenta de que visteis una cosa baladí, porque esas adoradas ruinas en medio de urbes populosas, vigiladas, cuidadas como reliquias, parecen algo artificial. Se os dice: «ved estos arcos, estos muros. ¡Veintidós siglos; veinticinco siglos...!» Pero, pasada la primera avalancha destructora, imagináis que aquellos monumentos llevan veinte siglos, veintidós siglos de ser conservados, defendidos, cuidados con el cariño vigilante con que se cuida á los abuelos. El desmoronamiento de algunas de sus piedras, el polvo que las cubre tiene algo de coquetería y de artificioso. En unas ruinas hay que fingir un poco la acción destructora del tiempo, que el hombre es incapaz de combatir.

Pero, henos aquí en pleno desierto africano. Para llegar á Dougga hemos dejado atrás los últimos oasis y á un lado el derrotero que siguen las caravanas que van á la tierra misteriosa de los tuareges. Frente al arenal inmenso, calcinado y dorado por el sol implacable, se alza el recinto del circo de El-Djem. No encontraréis un guardián de uniforme con galones de

oro y la iniciales del Ministerio de Bellas Artes ó de la Junta Suprema de Arqueología; acaso un pastor nómada, un trajinante fatigado que reposa á la sombra... Y quedan aún en pie las piedras del Capitolio, las columnas del templo de Júpiter, los sillares de la muralla bizantina. Nada interrumpe vuestra adoración muda; ni el vigilante oficial ni el gufa impertinente. Están allí las piedras admiradas, como testimonios vivos de una raza épica. Parece que cada una de ellas os habla y os revela su misterio. Hay en ellas un hálito de soberbia; escucháis su voz: *¡Civis romanus sum!*... No es la cultura, sino una honda emoción la que os hace resucitar todo este proceso histórico lleno de enseñanza, toda esta lucha admirable por la posesión de las dos orillas del Mediterráneo.

—¡Aquí también fué Roma!—exclamáis. Y os maravilláis que, derrocado el Imperio pagano, la civilización cristiana, domeñadora de los bárbaros, abandonara el ideal romano y condensara toda su vida en el solar europeo y dejara el Norte africano tan bello, tan rico, tan fecundo, entregado á la barbarie musulmana.

Así de Cartago han desaparecido las más de las obras que aún quedaban en los siglos cuarto y quinto de nuestra era. Se escapa á nuestro

estudio una civilización de las más curiosas é interesantes que han existido en la tierra. De todo ello apenas sabéis la fortaleza de unos nombres que resonarán perpetuamente en los oídos de la estirpe humana. Sabéis del viejo Amilcar el Rayo, de los amores de Himilce con el prudente Asdrúbal, y, sobre todo, sabéis de las osadías de Aníbal, cuyos hechos modelan al cabo de los siglos el alma de Napoleón; pero del secreto de estas mudas piedras y de los sillares cartagineses que en estas cercanías se hundieron y desaparecieron, apenas sabéis nada.

Véis que estas son las regiones de la muerte y de la desolación. El sol es implacable y fiero; os quema la piel, os llena los ojos de sangre congestionada, os pincha, como agujas, en los poros, os seca las fauces y os hace pensar en las horas agónicas de Ismael. El viento viene de allá lejos, de la soledad desértica, pesado, cargado de arena pulverizada, impregnado de un olor acre. Insectos raros, con ojos brillantes como llamas, con alas cristalinas matizadas del color del verde de los venenos, zumban á vuestro alrededor y os amenazan con la ira de sus aguijones... Ni un árbol en la lejanía, ni un pájaro cruzando el cielo. Mudas, solemnes, hierá-

CAMARAFES

licas las columnas del templo de Júpiter parecen hablaros de que hubo allí vida, de que hubo allí muchedumbres, de que allí también se soñó y se ambicionó y se luchó. Concebís entonces, ante la naturaleza inclemente, el deseo de aquel pueblo cartaginés de salir de Africa, de abandonar la tierra originaria, de conquistar Sicilia ó España, de disputar á Roma el propio territorio peninsular para que los amores de Himilce pudieran festejarse en jardines floridos, bajo auras acariciadoras, en medio de una Naturaleza misericordiosa que se muestre bondadosa para el hombre...

Pero vosotros, los amigos de las piedras vetustas, los arqueólogos y los paleólogos, buceadores de la verdad que fué, habéis matado, á fuerza de rigorismos científicos, toda la sentimentalidad de vuestras almas y ahuyentáis la poesía que envuelve á estas obras que la Muerte y el Tiempo llenan de misterio. Si recorréis esta soledad de Dougga encontraréis más belleza en la muralla bizantina que en el pórtico del templo de Júpiter, con sus esbeltas columnas y sus bellos capiteles; diréis que el circo, aun siendo inmenso, no llega á la grandeza del Coliseo ni á su riqueza de proporciones; advertiréis que el Capitolio es pobre y demasiado sencillo... Y yo, que ignoro vuestra técnica y vacilo á veces ante un estilo un poco impreciso y no prestaría juramento ante lo jónico, lo dórico ó lo corintio, he sentido ante estas piedras sagradas la más viva emoción. Cerré los ojos; se pobló el desierto de todas



Dougga.—El antiguo templo de Júpiter

las pasiones épicas de la antigüedad romana. Ya ha sido vencido Aníbal; ya ha sido destruída Cartago; ya ha sido reconquistada Iberia; ya el Mediterráneo es el mar latino, el lago de todas las locuras, de todas las abyecciones, de todas las degradaciones de la decadencia romana... Ya en esta costa de Africa no hay sacrificios humanos ni crucificaciones de los generales vencidos. Entre estos templos y este circo la muchedumbre vencedora arrastra sus togas; Roma ha traído á la dura tierra africana, con los apetitos de dominación que Cartago disputaba, sus costumbres y sus vicios. Llena está la ciudad de tabernas, deversorios, ganeas y lupanares... En la conquistada tierra se quiere vivir como en Roma; pero hay allí un enemigo más terco, más inflexible que el cartaginés... Es el desierto, el mar de arena que detiene á la expansión romana y que le envía sus vientos crueles, cargados de arena pulverizada, impregnados de una peste acre, que queman y que asfixian. Y hay en aquella muchedumbre romana un gesto de fatiga y una desmayada expresión de desaliento... Para escuchar el zumbido cruel de estos insectos, recamados del color verde de los venenos, y sentirse amenazados por sus agujones, no valía la pena de derrotar á Amilcar el Rayo y á Aníbal, que

al cabo de los siglos había de resucitar en los peñascales de Córcega y reencarnar en el estúpido caso patológico que lleva el nombre de Napoleón. — MINIMO ESPAÑOL



Vista general del Capitolio de Dougga

FOTS. DE BERNH REHDER

MADRID  
BIBLIOTECA  
NACIONAL

# El caballo viejo



—¿Qué piensas, viejo amigo, así, tan cabizbajo, en torno de la noria, y el cuerpo lacerado por purulentas llagas donde zumban los implacables tábanos? ¿Qué piensas, viejo amigo, mustias las crines, y á la luz vendados tus ojos que no miran esta espléndida tarde de verano? Ruedan los cangilones con sus chirridos agrios, y el agua, cristalina, va de la noria á los sedientos campos con un rumor de músicas que alivia la dura esclavitud de tu trabajo, y, al borde de la senda circular de tus pasos, dorada por el sol, presta su sombra una hilera gentil de blancos álamos. Todo es lumbré en los cielos, y en los prados todo está en flor; tú solo, triste y viejo, vas por la vida sin sentir su halago. ¿Qué piensas, viejo amigo, mustias las crines, y á la luz vendados tus ojos que no miran esta espléndida tarde de verano?

—Pienso que yo también, como los hombres, muero esperando el bien sin alcanzarlo.

Nací bajo ese sol que abrasa y funde los arenales cálidos; hijo soy del desierto, donde brillan, plenos de luz, los horizontes claros, y entre un grupo feliz de blancas tiendas y bíblicos rebaños de una nómada tribu que cruzaba los yermos abrasados,

libre de yugos, recorrí el camino de mis primeros años.

Mas, cuando vieron que en las duras sendas se ahincaban, firmes, mis sonoros cascos, y que mi grupa, de lustroso pelo, tenía, airosa, la amplitud de un arco, y mi bello al clarín, y mi galope la turbulenta rapidez del ábrego, puesto en la boca, de mascar el freno, de espuma y sangre amarillento cuño, vendido fuí para corcel de guerra, pasando, así, de mis libertas horas á la forzada condición de esclavo.

Pienso que yo también, como los hombres, muero esperando el bien sin alcanzarlo.

Yo no amaba la guerra, yo quería los horizontes plácidos de las blancas auroras, entre el lento despertar de los rústicos ganados, mientras despide la fecunda tierra sus matinales vahos; y las largas jornadas bajo el ardiente sol, y luego el árbol protector de las siestas, y del rudo pastor el dulce pífano que vierte, gota á gota, sus cantares de la tarde serena en el remanso; y al sentirme vencido por la vida, y herido el cuerpo de mortal cansancio, reposar mi vejez en la callada quietud de los establos, que aroma la fragancia campesina del heno madurado.

Y no fué así; porque el destino quiso que mi cansada vida fuese un largo caminar por la senda de los odios,

donde la tierra se convierte en fango, y en tinieblas la luz, y el bueno en malo, y en donde en vez del yugo, noble y feliz, del perezoso arado, marcó mi cuello la sangrienta huella del iracundo látigo.

Y aquí me ves, al fin de la jornada, al giro de esta noria encadenado, sin poder sosegar, porque las moscas hieren tenaces en mis lomos flácidos, y porque el hombre, si detengo un punto, lleno de angustia, mi cansino paso, sin piedad al suplicio en que me tienen las ansias del cansancio, dice que siga hasta perder la vida, que con la muerte me vendrá el descanso.

Calló la voz; y á la sangrienta llama del sol en el ocaso, luz que alargaba, en prolongado filo, la sombra de los álamos, sentí en mi frente gravitar la carga de un pensamiento amargo, porque yo, que camino por la vida sobre un lírico sueño, arrebatado, temo que un día se me rompan, leves, las alas en pedazos, y que el destino me refenga, luego, á un doloroso giro encadenado, donde los hombres, al pasar, me digan, sin piedad de mi llanto, y sin que el agua, que les pida, acerquen á mis sedientos labios: sigue tu giro hasta perder la vida, que con la muerte te vendrá el descanso.

FERNANDO LÓPEZ MARTÍN

DIBUJO DE ECHEA

## DE VUELTA DEL VERANEO



**H**A sonado la hora que señala el abandono y la tristeza para los pueblos veraniegos. Ya apuntan los primeros vientos de otoño, y pronto caerán las primeras lluvias. Las ciudades del Norte, tan bulliciosas hace poco, tan blancas, tan sonrientes, se envolverán en los plomizos tules de la lluvia y volverán á la melancólica quietud de sus días largos, interminables. Las lindas muchachitas que fueron encanto de la playa, del boulevard y del casino, se envuelven en sus velos de viaje, mientras las orondas mamás pasan revista á la fila de maletas y sombrereras, y el paciente jefe de familia cambia los últimos billetes en la ventanilla de la estación. Madrid se anima nuevamente, coincidiendo con la segunda tem-

porada taurina, la apertura de los teatros y el despertar de sus paseos. Madrid vuelve á tener el cetro de la animación, la alegría y la moda. En los pueblos norteños el mar ensaya su eterna sinfonía contra las peñas, y á su imponente arrullo algún mozo de espíritu aventurero, amarrado á la vida provinciana, sueña con las andanzas é inquietudes de las calles madrileñas. ¡Con qué pena pasean á lo largo del andén, viendo salir los trenes camino de la Corte! Entre tanto, alguna madrileña recién llegada, evocará sus tardes veraniegas y el momento en que vió aparecer en lontananza la imagen de un idilio. Aquellas tardes de la playa, junto al mar rumoroso...

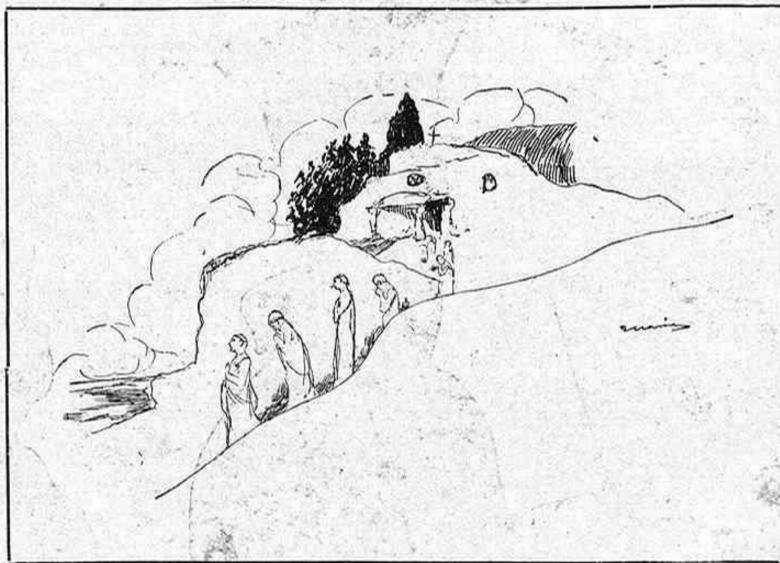
DIBUJO DE RAMÍREZ

# Los baños á través del tiempo

Es el agua dulce regalo y generoso don de la tierra, lengua viva del manantial que nos habla de las altas nieves ó curso desmayado que no traduce los tenebrosos misterios donde brota. Ritmo en la alberca, mudo secreto en el cerrado copo, taracea de chispas en el río, torsión de relieves lívidos en la fuente, gama sin engarce en la lluvia, espejo en la charca, esmeralda en la mar, fertilidad y creación, lágrima y ola, deleite de las fauces, recreo de los ojos, unción del cuerpo y blanda y sutil caricia del espíritu con la cadencia y melodía de sus caudales y la diáfana limpieza de sus copias y sus reflejos, el agua que purifica en la ablución, presta en el baño elasticidades juveniles, laxitud de placeres divinos y epicúrea y mullida comodidad al sueño.

El baño hace amables á los hombres y saca á flor de piel un grato perfume que guarda la hermosura de las mujeres. El agua no permanece quieta sino temblorosa y como presintiendo el delicioso roce del cuerpo que va á recibir y cuando se cierra en luminosos broches de diamante y oro, agua y sol sobre la rosa de los senos, y sube hasta tocar con sus tensos bordes los labios femeninos, no es agua ya, sino roto espejo que sorbe con lenta codicia su imagen.

En las augustas épocas del honor rigorista, de las calles estrechas, los palacios negros, las pestes y las tradiciones en que eran jueces y verdugos padres y maridos y espías los ayes y los rodrigones, y el tiempo se aburría del tiempo y el péndulo de su propio son, las grandes



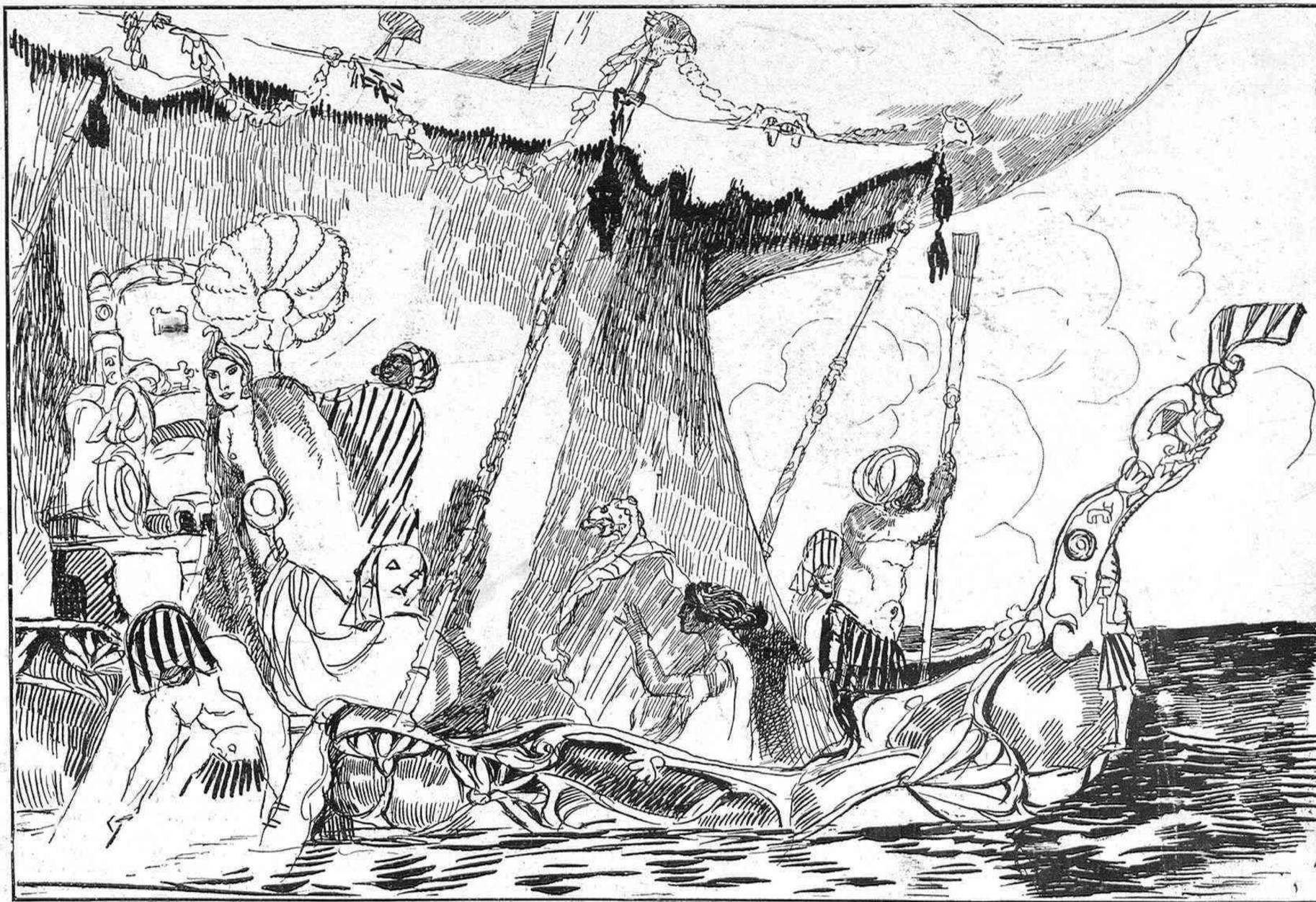
El baño de los cristianos antes de la Eucaristía

señoras no se lavaban nunca temiendo que la esponja destruyera los velos del recato ó se lavaban mal dándose el triste caso de que Berenices y Giomares, enaltecidas en el rondel caballeresco ó en el furtivo madrigal, guardaron amarillos mosaicos de apretada roña en las morbideces y bajo los afollados de vellorí de lo mejor, pero hoy en que las modas recogen las faldas y descubren las piernas, y los transparentes y el pudor no van de espalda, y las medias son pretextos de hilo para que la carne no se mues-

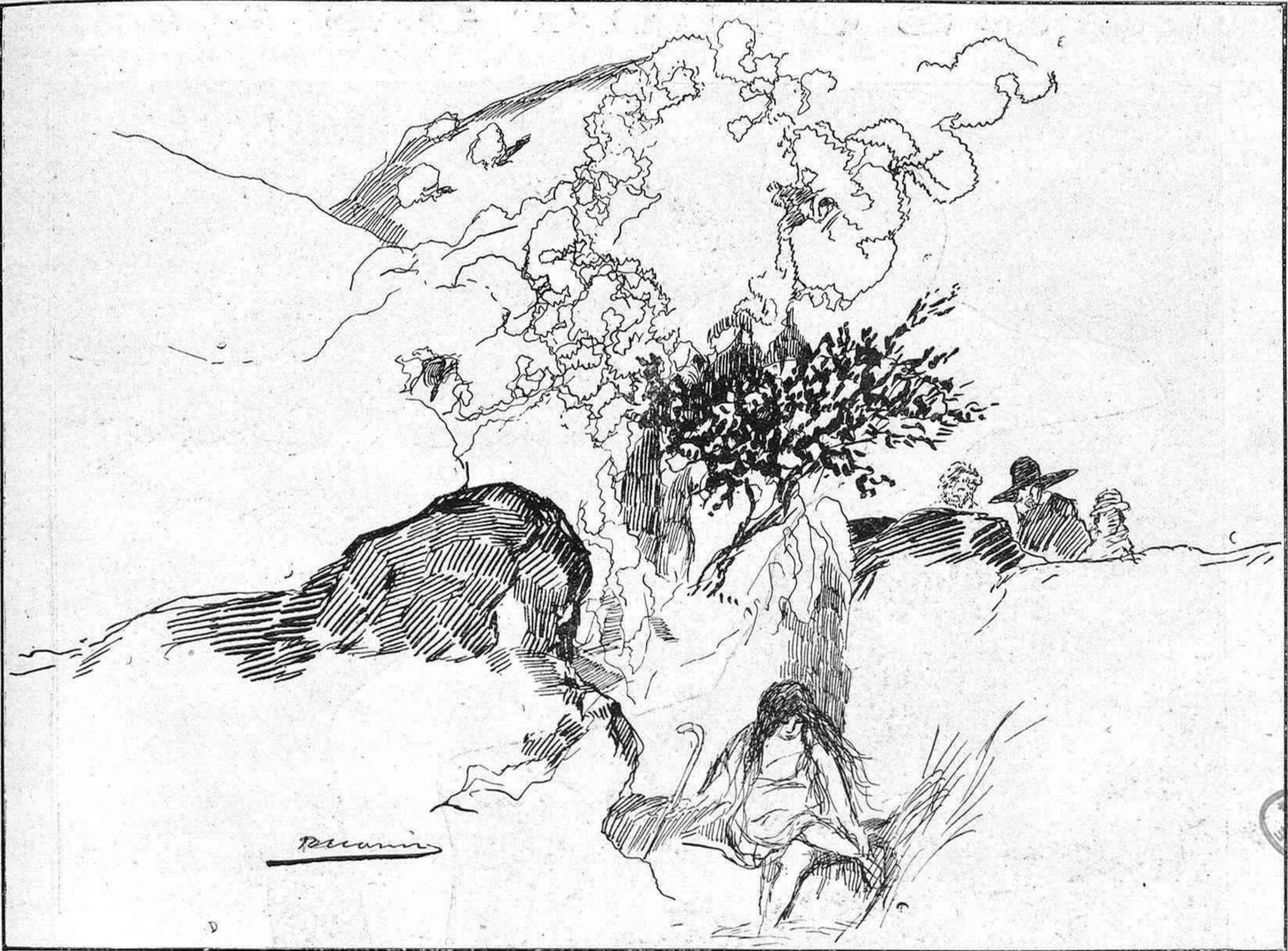
tre con el descaro de su piel y los descotes son puertas reales abiertas á la inquisición de la curiosidad, el agua, la esponja y el baño, son complacientes servidores que trabajan en constante fervor. Los pebetes en que se quemaban las mirras orientales y las escogidas alhucemas, no podrían dar hoy la saturación de gratisimo aroma que exhala la carne blanca y limpia de una mujer.

Bañarse, es cumplir un precepto formulado antes del venturoso día en que sobre el terso Jordán, pasó como un escalofrío de luz la figura de la santa Paloma, y el haz de las aguas tembló estremeciéndose en sus más profundos cristales, reflejando en el éxtasis de su clara piedad las formas divinas del Redentor del mundo. En las noches azules en que el agua de las cisternas ardía bajo la doble llamarada de la luna y de los muros encalados, los patriarcas de la fe que se libraron de la ferocidad de los emperadores, purificaban sus cuerpos procurando la limpieza del cuerpo y la del alma para la fiesta de la Eucaristía

mientras sobre el Ganges, en cuyas ondas parecen flotar todas las enseñanzas de los cuatro libros de los Vedas, fakires y peregrinos, que acababan de dejar la pagoda, caían como dormidos ídolos de bronce, buscando otra vez los invertidos pórticos y la policromía suntuosa que temblaba con dulce abandono en el inquieto pliegue del agua y en el Nilo, lágrima de Zeus, árabes, nómadas y fellahs, se hundían en la práctica de su religión ansiando la grata frescura que podía calmarles la terrible resequeidad del desierto.



El baño de Cleopatra



El baño de Dorotea

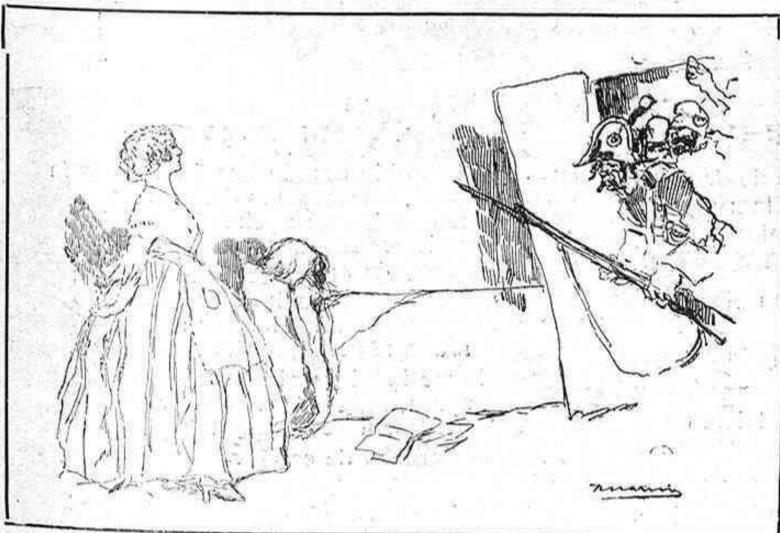
Allí, en aquellos magníficos tanques y piscinas; en las aguas muertas rodeadas de sombríos muros, en que cariátides y monstruos tendían sus alas de bronce ó erguían sus cabezas de pájaros, mostraba sus encantos al ansia de los cielos y á la voluptuosidad de la tierra, aquella vestal del fuego sacro del amor. ¡Cleopatra! ¡Cleopatra!, el fanatismo de Marco Antonio, destocada y libre de cendales, bajo el palio de púrpura que encendía más el rosa pálido de sus carnes; rodeada de bellezas de ébano, cubiertas de ricas telas y raras joyas para que no pudieran hallar nada mezquino los ojos de aquella mujer concupiscente, que supo vivir como una diosa y sucumbir como una reina.

En los baños que la procuraban los manantiales de la serranía, hallaba la sin par Dorotea, asombro del barbero, escándalo del cura, admiración de Don Quijote y honestísimo recreo de Sancho, el dulce esparcimiento de sus contenidas angustias, el tendido listón en que iban á estrellarse sus lágrimas y el desconsuelo de sus reflexiones; pero no todos los baños fueron beneficiosos, y si no, díganlo aquellos que mancharon con el líquido rubí de su sangre, Séneca, y Lucano, y Petronio, muertos por la voluntad del panzudo *Encarbo* como llamaban á Nerón, por el remoquete de su padre Domicio, y dígalo también el *divino* Marat, libre de los ardores de la sarna por el brazo vengativo de una mujer. Sobre aquellos cadáveres brilla la amatista y luce la cara gorda y rubia de su matador, y al lado del último, eterna visión de la Historia, la virgen de Caen, brilla siempre con sus vestidos blancos, oponiendo su santa energía al martirio que la esperaba.

Los romanos con sus termas; los griegos con sus baños; los hebreos con sus asperges; los hombres del Islam con sus abluciones; los indios con sus zambullidas, todos rindieron culto al agua, y ahora en la edad moderna, aunque no se toma el baño como cosa de religión, se admite como deber que la moda impone, lo cual quiere decir que este deber es más fuerte que



El baño de la Trini



El baño de Marat

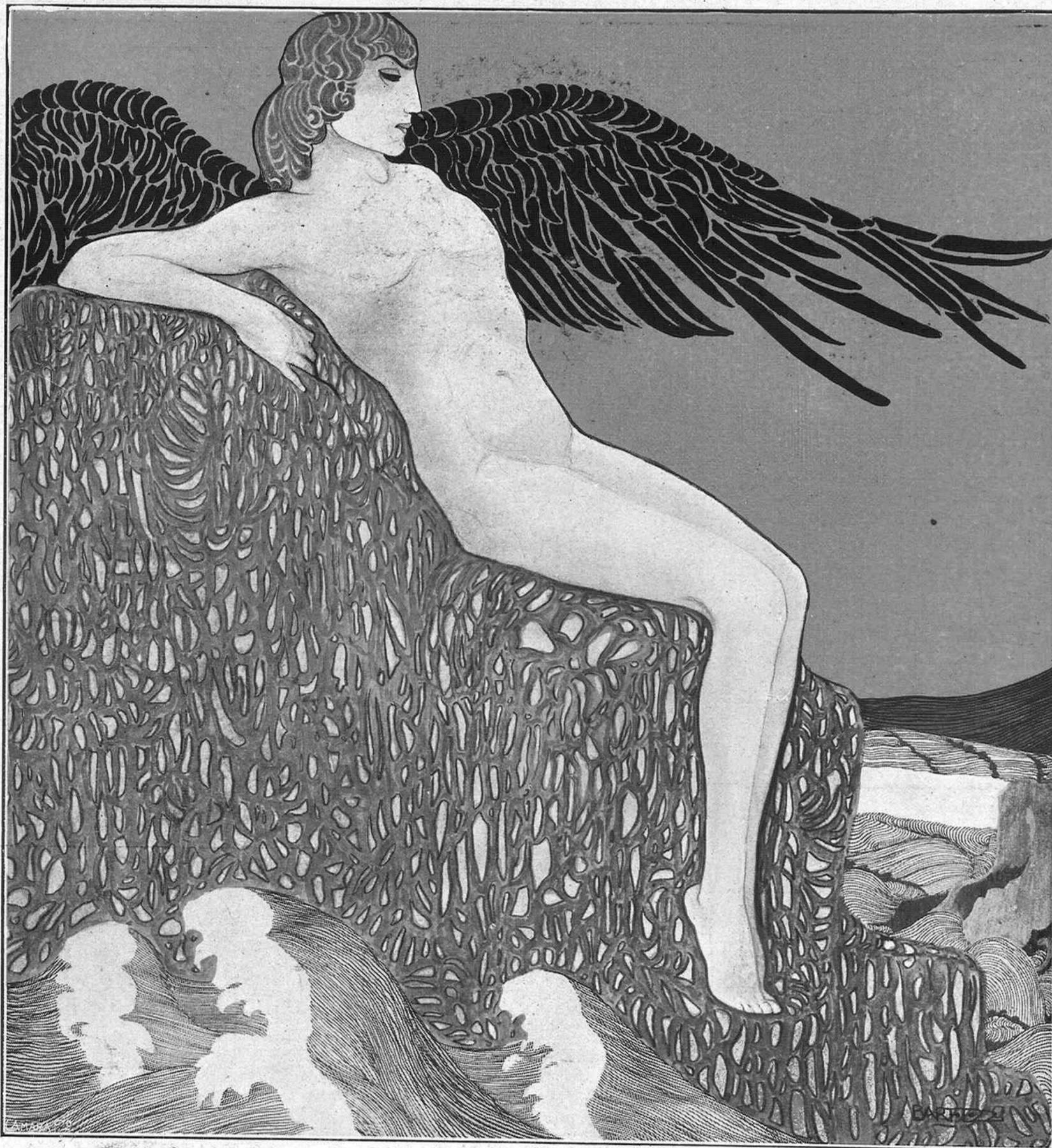
aquella religión. En las áureas arenas de las playas, frente á ese mar siniestro y ávido, las mujeres más bellas de todos los tiempos, las mejor tocadas, las de mejor gusto, las que buscaron la desnudez decorosa, y volverán á la túnica griega, dando de pie á los guardainfantes y vestidos de doble cadera y medios pasos y miriñaques y tontillos, sobrefaldas y colas barre suelos; las que copian modelos é imponen sorprendiéndonos la extravagancia; las que por merced del tiempo son sanas y fuertes, robándonos vigor para florecer en el rosal de la más encendida hermosura, preconizan el baño y el amor, y el baño y el amor, serán siempre las delicias mayores del mundo...

DIBUJOS DE MARÍN

LEOPOLDO LÓPEZ DE SÁA



SONETOS



OCASO

¡Cómo ha pasado el tiempo! Ya blanquea  
el ébano brillante de tu pelo  
y al reír, tu pupila lagrimea,  
y hay en tu hablar amargo desconsuelo

¡Y era ayer cuando ingenua sonreías  
á todos los candores y quimeras!  
¡Oh, juveniles, pasajeros días,  
oh, luz de fugitivas primaveras!

Arboles que cubrieron con sus ramas  
nuestros amores, aún lozanos viven,  
cual de un fuego no extinto, nuevas llamas.

Tienen arrugas nuestras mustias frentes;  
rudos, tus dedos, de artritis exhiben  
¡y no me reconoces sin los lentes!

REMORDIMIENTO

Tu pelo rubio, casi blanco —nieve de oro—,  
sobre el azul violeta cae de tus pupilas:  
crepúsculo de otoño del Norte unicoloro,  
disuelto en el silencio de las tardes tranquilas.

En el jardín estabas alargando una pierna  
de fresco pompeyano: dúctil y contorneada.  
De amor te hablaba; á un tiempo lujuriosa y materna,  
opusiste á mis ímpetus tu pudor de casada.

Se acentuaba el ocaso con dulces lejanías;  
tuvo el jardín de pronto de tristeza un acceso  
y se impregnó el aroma de melancolías.

Me hablaste de tus hijos; tu cara era de yeso.  
Hubo un largo silencio, evocaste otros días  
y cayó de mi boca sobre tu boca un beso...

A UN LOCO

Del sentido común que á mí me guía  
te burlas con argucias delirantes;  
afirmas que es de noche siendo día  
y conviertes las moscas en gigantes.

La obsesión implacable te domina;  
agresivo te has vuelto siendo manso  
y tu fiebre vesánica imagina  
que todos te persiguen sin descanso.

No me inspiras ni lástima ni miedo,  
pues eres, más que víctima, verdugo  
del que por tí se expone con denuedo.

Tu cerebro de ensueños es un foco.  
Dichoso tú que al fin libre del yugo  
de la razón te ves. ¡Quién fuera loco!

EMILIO BOBADILLA  
(Fray Cándil)

DIBUJO DE BARTOLOZZI

LO QUE FUÉ  
**PERTURBACIONES CIENTÍFICAS Y POLÍTICAS**

(DE LAS MEMORIAS DE UN GACETILLERO)

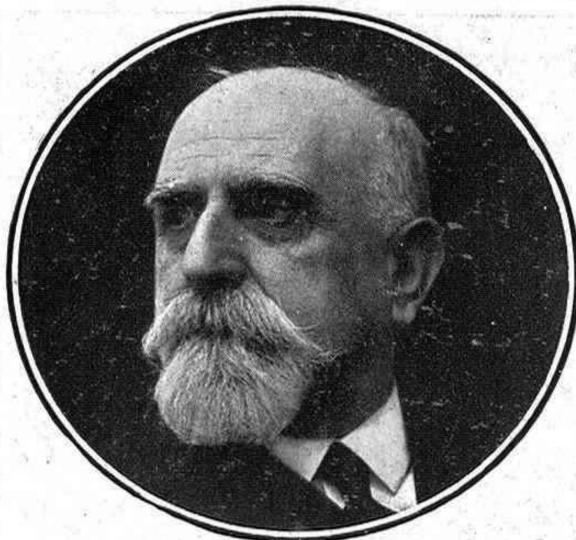
**L**A primavera de 1885 será memorable en las crónicas de España, porque durante ella se produjo una transcendental conmoción del espíritu público. El cólera morbo asiático, ya sufrido en 1884, renació al año siguiente con caracteres terribles, y en la región valenciana, un bacteriólogo, que desde entonces disfruta de simpática nombradía, el doctor Ferrán, anunció á propios y extraños que mediante la vacunación por él compuesta, podían burlarse las fierezas del mal del Ganges.

En Algemés empezaron las vacunaciones anti-cólicas, y apenas conocidas clamaron por su adopción muchos españoles. Pero á la vez que el anuncio del remedio, surgieron las negativas de su eficacia, y hubo una lucha tremenda entre quienes decían que la vacuna Ferrán no preservaba, antes bien era un peligro, y quienes ponían el descubrimiento en el lugar donde se ostentan cuantos sirvieron y sirven de orgullo y provecho á la Humanidad.

Ferrán, hombre de Laboratorio, no tenía medios para defenderse de sus contradictores, y en la ruda campaña le sirvió de insustituible colaborador D. Amalio Gimeno, que por aquel entonces era un sobresaliente catedrático de Medicina, aún no elevado por su talento y su elocuencia á los altos puestos en que ha dado á su nombre gloria legítima.

¡Qué discursos pronunció Gimeno en alabanza de Ferrán! El del Ateneo de Madrid, sobre todo, fué hermoso. Después de oír á Gimeno, el público numerosísimo que asistió á la sesión aclamó al insigne bacteriólogo, estimando sus trabajos como salvadores para la salud. Hubo réplicas, discusiones, pero sobre todo flotó la mágica palabra de Gimeno, que llevaba á cuantos le oían el consuelo de que era posible burlar los extragos del bacilo *virgula*. Y, en efecto, al cabo de los años se ha venido á comprobar que Ferrán, aún no descubriendo un remedio contra la infección cólica, impulsó á la Medicina por el camino de las inmunizaciones, lo cual representa un positivo progreso...

Si hubo polémicas y disgustos entre los médicos, no fueron menores los sufridos por los políticos. Entonces se aliaron todos los partidos liberales contra Cánovas y Romero Robledo. Cuando, años después, algunos espíritus pacatos se extrañaban de que se formase el bloque de las izquierdas, considerándolo como una monstruosidad, me preguntaba yo: «Pero estos señores que ahora politiquen, ¿tan poco saben de la historia de su país que ignoran hasta los más culminantes sucesos de ella? Sí, se aliaron desde Sagasta hasta Pí y Margall, todos los que vivían en la política liberal. Fueron juntos á las elecciones los republicanos más radicales con los más tibios sagastinos. Se reunían en las mismas sesiones públi-



EL DR. D. JAIME FERRÁN

cas, que aún no se llamaban, como ahora, en lengua ajena, *mítines*, los federales y los monárquicos. Lucharon unidos aristócratas y petroleros, que así se calificaba á los del gorro frigio y federalismo á todo trapo. Castelar, amante del orden, se puso á partir un piñón con los revolucionarios de Ruiz Zorrilla. Desde el 73 no se hablaban Pí y Margall, Salmerón y Castelar, y en 1885 frente á las urnas electorales, se reconciliaron. D. Emilio quiso hablar en el Círculo zorrillista, y el primer día que se anunció hubo que suspender la conferencia, porque el público invadió el local y la calle de Esparteros, donde se hallaba, y no hubo medio de que el orador llegase á la tribuna. Al fin, pocos días después, habló Castelar, y en su discurso hermoso, rotundo, como todos los suyos, de los cuales no hay que hablar ahora, porque todos los más sublimes de ahora son un pobre remedo de los de aquel gigante de la oratoria, en su discurso, repito, y refiriéndose á la revolución, de que tanto hablaban los zorrillistas, sin hacerla nunca, dijo la frase famosa: «Pero, ¿cuándo violan?»

Cánovas y Romero Robledo quedaron derrotados. Fueron elegidos concejales los personajes de la época, Martos, Castelar, Pí, Sagasta, Moret, Montero Ríos, Figuerola, Becerra... Una baraja de ediles que, por cierto, y dicho sea con todo respeto á su memoria, no dejaron gran huella de su paso por la Casa de la Villa. Entre los elegidos de entonces hallábase un ilustre representante del comercio, D. Mariano Sabas Muniesa. Creo que es el único superviviente de aquel Ayuntamiento que se votó como protesta contra la política de Cánovas, y, sobre todo, contra la de Romero Robledo. Las elecciones fueron muy reñidas, y para velar por la legalidad de ellas nom-

braron los coalicionistas una Junta de letrados, en que estaban unos abogados de mucho porvenir: Canalejas y Maura.

Europa estaba entonces en paz, pero Irlanda, lo mismo que ahora, demostraba su desafecto á Inglaterra. El príncipe de Gales, que luego fué Eduardo VII, visitó aquella parte de su imperio y fué objeto en la ciudad de graves demostraciones hostiles, que el augusto personaje recibió con severa indiferencia.

Madrid empezaba á ser más callejero por aquel tiempo que en los anteriores. A la caída de la tarde iban los paseantes á la calle de Alcalá, y desde la de Peligros á San José convertían las aceras en salón, que tuvo un título típico: «Los martes de las de Gómez». No había señorita sentimental ni pollo cursi que dejara de dar vueltas por «los martes» en cada uno de los días de la semana.

Se habló en la época á que aludo de locomoción aérea, dando acerca del asunto una conferencia muy sonada D. Enrique Fernández Villaverde, ingeniero eminente, hermano del político marqués de Pozo Rubio, y como él malogrado. Perdió la Medicina española uno de sus más grandes prestigios, D. Mariano Benavente, especialista en enfermedades de niños, que tenía asombrosos aciertos clínicos. Era, además de médico ilustre, quizá el más loable de cuantos yo he conocido, un escritor ingeniosísimo, como lo probaban sus producciones firmadas con el pseudónimo *Benito Revana Mena*. De casta les viene á D. Jacinto y á D. Avelino ser el uno glorioso literato y el otro eminente doctor. Por cierto que el monumento dedicado al doctor Benavente en el Retiro merece una justísima ampliación. Podía ella ser cabal si en lograrla pusieran empeño los niños salvados hace cuarenta años por arte de don Mariano, y muchos de los cuales son ahora hombres de gran influjo y de excelente posición.

España entera sufrió una sacudida en 1885 al conocer la muerte de Víctor Hugo, que dió motivo á una soberbia apoteosis. Nosotros consagramos otra menos estruendosa á nuestro gran José Zorrilla, que por fin entró en la Academia Española, leyendo un discurso en endecasílabos. Era mucho hombre el inmortal creador de *Don Juan Tenorio*.

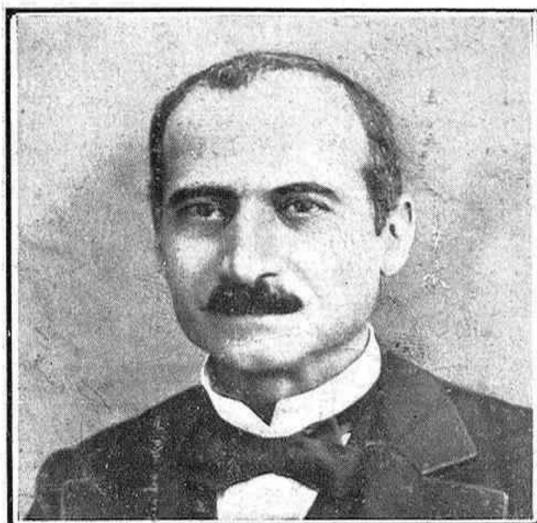
Por último, recuerdo que no duró mucho tiempo un teatro que con el nombre de Felipe se construyó al lado de los Jardines del Buen Retiro. Era un barracón destinado en su breve vida á dar albergue y resonancia á las musas alegres y castizas de Ricardo de la Vega, Pérez y González y el maestro Chueca.

Por la transcripción,

JOSÉ FRANCOS RODRIGUEZ



D. MARIANO SABAS MUNIESA



DR. D. MARIANO BENAVENTE



D. AMALIO GIMENO

DECADENCIAS  
UNA BAILARINA ESPAÑOLA



CUADRO DE ZULOAGA

FUE en una guarida inconfesable, donde, inesperadamente, todo el brujesco y fatal encanto de las danzas andaluzas nos encañentó el espíritu.

La mujer era alta, delgada y morena. Tan morena, que la piel de su rostro y de sus brazos serpentinos tenía aceitunada lividez y las moras niñas y el pelo tenían reflejos azulinos.

Detrás de ella cantaba una vieja con la voz rota y bronca, pero «con mucho estilo»:

Ar que me estorba querer: e  
en tu calle mataré;  
si ar salí ves una cruz,  
no pregunte por quién é.

Tenía la mujer morena de los ademanes aéreos, de las torsiones violentas, impalpable y quimérica vaguedad. Su línea se alzaba rígida, hierática; se rompía violenta; se doblaba y parecía como si enviara pedazos de sí misma á los ángulos sombríos y enigmáticos.

Muertesita la encontró;  
como la vi tan bonita,  
la carita la tapé.

Al conjuro de la copla y de la danza, pasaba la Andalucía trágica, que asesina por amor y del amor se envenena. Andalucía de los cementerios blanqueados por la luna, de los hombres que lloran sobre la novia que mataron; de las mujeres que agonizan y aún sienten en su carne la ansiedad sensual y en sus labios, agrietados por la fiebre, arde, más que ella, el recuerdo de los besos amados.

Pero, en un descanso de la bailarina, mi amigo se levantó.

—¡Vámonos!

Y como la fiesta fué organizada para él, que por primera vez venía á España, nos marchamos.

—¿Le ha gustado?

Antes de contestarme, habló de lo que no sugería precisamente la danza española de la mujer morena: de la Paulowa y de Karsavina, de la Cerutti y de la Prsowvajenska; de miss Ruth y de Mata Hari; de Rita Sachetti y de Regina Badet...

Yo sonreía de estos modernos snobismos coreográficos que ahora es el sarampión literario de los artistas y escritores españoles. Al final de su disertación de diccionario enciclopédico, iluminado con decadentismos de Lorrain, de Wilde y a. Samain, exclamó encogiéndose de hombros:

—En fin, ¡eso que hemos visto bailar son bailes de pandereta!

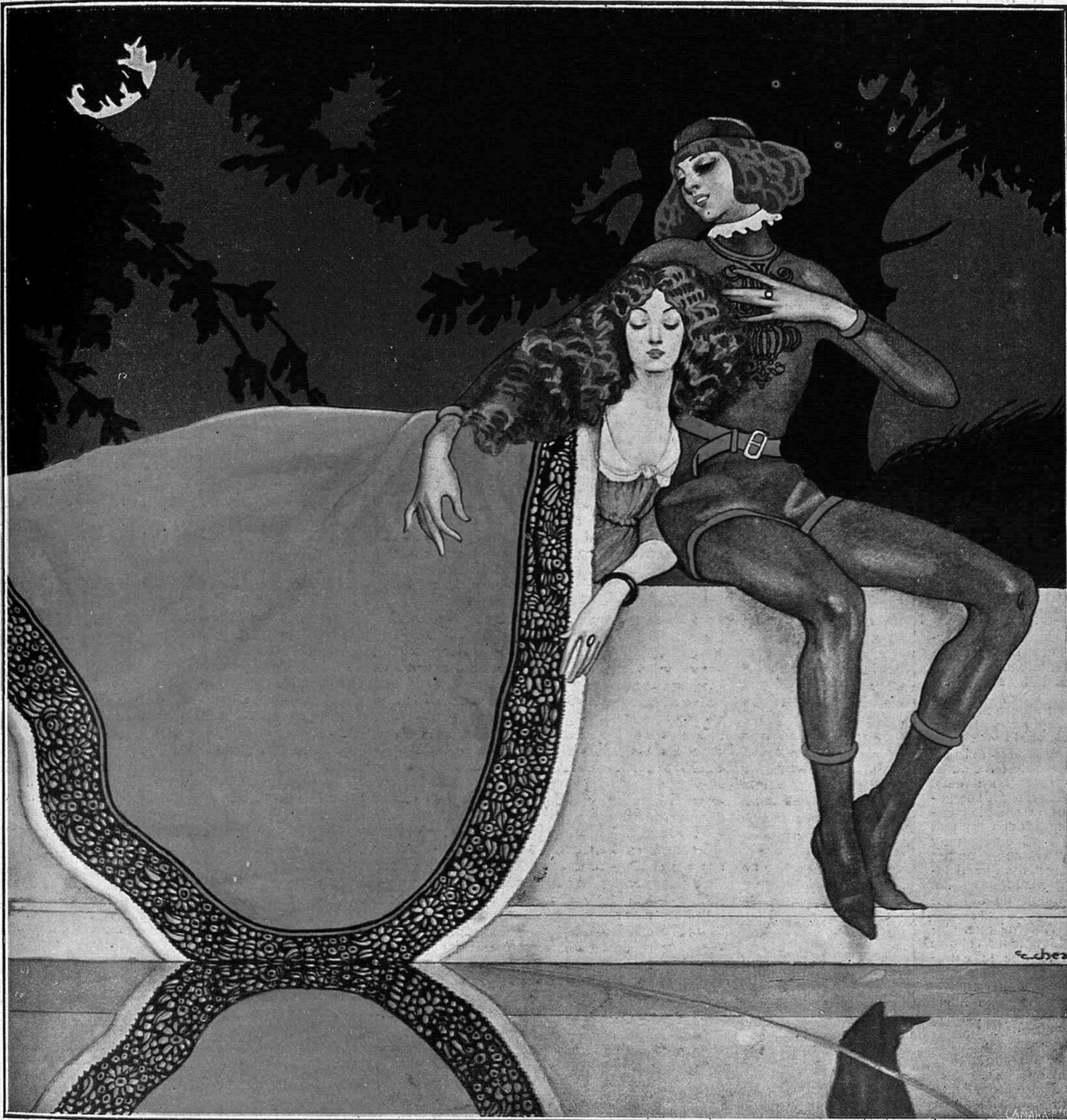
Me indigné. ¡Bailes de pandereta los polos, soleares y tangos; los fandanguillos, vitos, olés de la Curra, sevillanas, panaderos y malagueñas!

No. Los bailes falsos de pandereta, las absurdas caricaturas de andalucismo, son esos garrotines y farrucas que transforman á las mujeres en payasos; los vales bailados al son de las castañuelas y tocadas las mujeres con mantilla blanca. De pandereta, los trajes de falda de madroños y bolero con azabaches y los peinados bajos ensangrentados de claveles para bailar los cuplés del «ladrón», la «molinera» y el «té de las cinco»; de pandereta el envolverse el cuerpo en un pañolón chinesco y coger las castañuelas para bailar las canciones de corro, aunque en ellas figure esa tan emotiva, tan melancólica y señoril como la de *La Reina Mercedes*.

Danzas de pandereta, todas estas que ahora deleitan á los jovencitos más ó menos intelectuales en los salones de varietés y que nada deben á las otras genuinamente, característicamente andaluzas, refugiadas en las guaridas inconfesables, en los antros ínfimos, como una mujer hermosa que en otro tiempo fué cortesana festejada de reyes y cantada por artistas y que ahora espera la muerte libertadora de su miseria, de su abandono y de su envilecimiento.

JOSÉ FRANCÉS

PÁGINAS POÉTICAS



LA LEYENDA DEL AGUA

La luz su último beso  
pone sobre la tierra  
en un rojo crepúsculo  
todo amor y tristeza.  
Se pierde entre los álamos  
la blanca carretera  
y un arroyo acaricia,  
con su temblor, la hierba.

Tiene el plácido arroyo  
un corazón poeta  
y un alma soñadora  
que dice sus leyendas  
en el silencio augusto  
de esta tarde tan bella.  
¡Qué alegres las canciones  
de la corriente fresca  
que viene hacia nosotros  
juguetona y risueña,

y qué triste el murmurio  
del agua que se aleja...  
¡Parece que la vida  
se vá también con ella!

El agua al deslizarse  
entre los brezos, cuenta  
una historia de amores  
melancólica y tierna,  
donde hay un paje rubio  
y una blanca princesa  
que murieron de amores...  
¡Parece que se queja  
el agua del arroyo  
que se desliza trémula!

Bajo el cielo de Mayo,  
y del agua tan cerca  
el alma se ha sentido

también arroyo, y sueña  
con unas blancas manos  
que de las nieves teclas,  
arrancaron sollozos  
de divina cadencia.

Puras manos que ollan  
á nardos y azucenas:  
¡Me parece que os miro  
en esta hora serena  
en que brillan tembando,  
en lo azul las estrellas!

Luna, fiel prometida  
de las almas que esperan;  
del jardín de la noche  
casta rosa entreabierta;  
blanco vellón de plata  
en misteriosa rueda:

¡Con tus luces de Ensueño  
tejeré mis quimeras!

Arroyo donde vierte  
sus lágrimas la selva:  
Con tus ondas brillantes  
forjaré mis poemas,  
y pondré, en vez de versos,  
el hilo de tus perlas.

Agua murmuradora:  
Cuéntame tu leyenda...  
«Érase un paje rubio...  
Érase una princesa...»

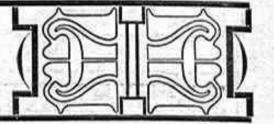
Manuel F. Lasso de la Vega

DIBUJO DE ECHEA



MOMENTOS HISTÓRICOS

EL SOLITARIO DE YUSTE



(Breve relación de su muerte, acaecida en la madrugada del 21 de Septiembre de 1558.)

DESDE los finales del Agosto que este año de mil y quinientos ochenta y ocho picó tan de recio como tiene por costumbre, iba renqueando la salud de Su Majestad Imperial, y como por la posta, marchaba hacia las lindes de la otra vida.

Todo el monasterio anda revuelto, y la inirranquidad y desasosiego, como los fuertes huracanes, espárce sus ramalazos por todas las vastas tierras que á la corona de España están sujetas.

Y la culpa entera, si se va á ver claro, no es más de unas maldecidas truchas empanadas comidas al sol el postrero día del ya dicho mes de Agosto.

Aunque Su Majestad, harto de carne, como dicen del Diablo, escogió este santo y apartado retiro para separarse por completo de las vanidades y pesadumbres del Gobierno, no fué quien para substraerse á los arraigados gustos y amables comodidades, y aun á inmiscuirse muy enteramente en los negocios que dejara puestos en las manos de sus hijos.

Así fué que, placiéndole más el aire libre que la estrechez de su celda, quiso aquella tarde comer en la libertad de una azotea, y apenas finó el yantar comenzó á dar los pasos para la sepultura.

Fué el comienzo unas desalmadas y pertinaces calenturas que ya desde allí adelante no dejaron de acuciarle un solo día.

No acertaron los médicos con remedio que les hiciesen remitir un punto. Más bien puede decirse que desde que ellos tomaran por su cuenta al ilustre enfermo apretaron ellas con más saña, por lo que no sabemos cuál de entrambos males le dió fin.

Ya el día 3 de Sep-



EL EMPERADOR CARLOS V, cuadro de Tiziano

tiembre miró el trance tan apretado que quiso recibir al Señor, cosa que hizo con tan cristiana ejemplaridad que maravilló á todo el convento.

ooo

Corre por ahí una patraña de boca en boca que fuera bueno desmentir, y es lo que se dice de haber tenido capricho de celebrar en vida sus funerales. No lo crean más que si les dijeran que volaban bueyes, que ello es cosa de bajos y aduladores cronistas, pues en documentos ciertos y dignos de veracidad, como son las cartas del secretario Luis Quijada, no se halla un sólo párrafo que haga mención de tan soberbia insensatez.

Lo que sí es verídico es que tuvo la absoluta certeza de su muerte, y durante todo el tiempo que transcurrió hasta el fatal instante no dejó de hacer los ejercicios piadosos que estimaba necesarios para la salvación de su alma, que sea en el cielo á la diestra de Dios Padre.

ooo

Corrieron las horas, y con angustiosa lentitud para el augusto paciente, y vertiginosa celeridad para sus fieles vasallos, encadenaron días, hasta llegar al 21 de Septiembre, en que ya vió claramente á la Descarnada á los pies del lecho.

Con frecuencia repelía que no vería alumbrar la luz del nuevo sol, y ello era como eco de una voz que llegábale de los misterios insondables de la Eternidad...

Desde por la mañana no se le separaban (sirviéndole su presencia de mucho consuelo y grande descanso á sus congojas) los médicos, su confesor Fray Juan de Regla, Fray Martín de Angulo, prior de la Orden, Fray Francisco de Villalva, predicador, y el secretario Luis Quijada.

Con notabilísima atención escuchaba las predicaciones de los agonizantes, y si á las veces

CAMARA-FOTO